



**CORMAC
MCCARTHY**
El Consejero

Lectulandia

En las polvorientas tierras de la frontera entre Texas y México, un prestigioso abogado decide meterse en una arriesgada operación de tráfico de cocaína que le puede reportar millones de dólares. Su intención es hacerlo una sola vez y regresar a su vida normal con su novia, con la que acaba de prometerse. Sin embargo, el consejero se ve envuelto en un brutal mundo de ambición, luchas de poder y violencia que amenazan con destruir su vida.

Lectulandia

Cormac McCarthy

El consejero

ePub r1.0

Maki 26.12.13

Título original: *The Counselor*
Cormac McCarthy, 2013
Traducción: Luis Murillo Fort
Diseño de portada: Drew Hadley

Editor digital: Maki
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

El dormitorio en el apartamento del consejero. Las cortinas están echadas y la habitación casi a oscuras. Se ve la cama desde detrás y a dos personas acostadas en ella. El diálogo suena a veces amortiguado por las sábanas, de ahí que aparezca en SUBTÍTULOS en la pantalla.

LAURA: ¿Estás despierto?

CONSEJERO: No.

LAURA: Bueno.

CONSEJERO: ¿Qué hora es?

LAURA: Las dos. Casi.

CONSEJERO: Las dos y qué más.

LAURA: ¿Cómo?

CONSEJERO: De la mañana o de la tarde.

LAURA: No hablarás en serio.

CONSEJERO: Solo a medias.

LAURA: De la tarde.

CONSEJERO: Ya lo sé. Eres lo más sexy del mundo. ¿A qué hora sale tu avión?

LAURA: A las siete cuarenta.

CONSEJERO: ¿Qué haces?

LAURA: ¿Yo? Nada.

CONSEJERO: Tendrán que sacarme de aquí con una grúa.

LAURA: Si quieres, hablamos.

CONSEJERO: ¿Crees que deberíamos tomar un café?

LAURA: ¿Lo crees tú?

CONSEJERO: Supongo que no.

LAURA: Me he pasado dos semanas sin verte. Y tengo que volver esta noche.

CONSEJERO: Ya lo sé. Dime algo sexy, anda. Las palabras significan mucho para los hombres.

LAURA: Está bien.

CONSEJERO: Pues venga.

LAURA: Estoy pensando.

CONSEJERO: Bueno.

LAURA: Quiero que me metas la mano por dentro del vestido.

CONSEJERO: Si no llevas vestido...

LAURA: ¿Y qué más da? Es una cosa que te gusta oírme decir.

CONSEJERO: Ya lo sé. Pero tendría que ser de verdad, ¿no?

LAURA: Vale, de acuerdo. Quiero que metas la mano por dentro de mis bragas.

CONSEJERO: Estamos en las mismas. Casi será mejor que digas claramente lo que

quieres que te haga.

LAURA: Quiero que me toques.

CONSEJERO: Que te toque dónde.

LAURA: Que me toques ahí abajo.

CONSEJERO: Lo deseas de verdad.

LAURA: Mucho.

CONSEJERO: Dilo un poco más sexy.

LAURA: Quiero que me lo toques.

CONSEJERO: Cielo santo. ¿Estás mojada?

LAURA: Sí. Oooh... Cariño...

CONSEJERO: Pero si estás chorreando.

LAURA: Ya lo sé.

CONSEJERO: ¿Se puede saber cómo te has puesto en este estado?

LAURA: Oooh... Pensando en ti.

CONSEJERO: Pensando qué de mí.

LAURA: En tu dulce cara entre mis muslos.

CONSEJERO: Dios, cómo eres.

LAURA: Cariño... Ay, creo que debería ir a arreglarme.

CONSEJERO: No quiero que te arregles. Quiero que me hagas cosas.

LAURA: ¿Estás seguro?

CONSEJERO: Segurísimo.

LAURA: De acuerdo.

CONSEJERO: ¿Cómo te volviste tan mala?

LAURA: Saliendo contigo. ¿Puedo decirte una cosa?

CONSEJERO: Naturalmente.

LAURA: Pienso que anoche te superaste a ti mismo. Creí que no podía dejar de correrme.

CONSEJERO: ¿Sabes las consecuencias que eso tiene para el ego de un hombre?

LAURA: Sí. ¿Continúo?

CONSEJERO: Por favor.

LAURA: Dios. Despacio. Despacio. Sí. ¿Cómo aprendiste a hacer eso?

CONSEJERO: Saliendo con chicas guarras.

LAURA: Me has echado a perder. Lo sabes, ¿verdad?

CONSEJERO: Eso espero. Dios. Tienes el coño más succulento de toda la cristiandad, ¿lo sabías?

LAURA: ¿Qué dicen las chicas cuando les haces eso?

CONSEJERO: No hay ninguna otra chica. Solo tú.

LAURA: Pero las ha habido.

CONSEJERO: Hace mucho tiempo. Ni me acuerdo.

LAURA: Claro que te acuerdas.

CONSEJERO: ¿En serio quieres saberlo?

LAURA: Sí.

CONSEJERO: Está bien. Normalmente decían «Oh, Dios mío», o «Cristo Jesús». Pero casi siempre algo así, tipo religioso.

LAURA: Eres muy divertido.

CONSEJERO: A ellas les gusta que las hagan reír. Dime qué más quieres que te haga.

LAURA: Tú ya lo sabes.

CONSEJERO: Dilo.

LAURA: ¿Y si te escandalizo?

CONSEJERO: Mala suerte.

LAURA: ¿Seguro?

CONSEJERO: Sí.

LAURA: Vale. Quiero que me folles con el dedo.

CONSEJERO: ¿Qué?

LAURA: Ya me has oído.

CONSEJERO: No me lo puedo creer.

LAURA: Pues créetelo.

CONSEJERO: Estás ya en el siguiente nivel de depravación, ¿no? Yo pensaba que a las chicas no les gustaba demasiado.

LAURA: Depende de la chica.

CONSEJERO: A ti sí.

LAURA: Quiero que metas el dedo y busques el punto y empujes.

CONSEJERO: Cielos. ¿Ahora?

LAURA: No. El jueves.

CONSEJERO: Dios.

LAURA: Oooh... Dios, sí, sí. Oh. Creía que no sabías hacerlo.

CONSEJERO: Yo no he dicho tal cosa. Dios, eres tan seductora...

LAURA: Calla.

CONSEJERO: Vale.

LAURA: Calla. Oh. Dios. Oh, Dios mío.

Taller mexicano. Un operario ataviado con mono y gafas de faena y provisto de un soplete está cortando lateralmente el depósito de un camión cisterna Ford modelo F-650 para aguas residuales.

Taller mexicano. El depósito del camión ha sido cortado en dos y una grúa está introduciendo un bidón de doscientos litros por la parte superior del depósito. El operario está metido dentro esperando para aflojar los ganchos y el cable.

Pradera en el desierto, parecida a la región que rodea Patagonia (Arizona) o a la zona al este de Las Vegas (Nuevo México). Cae la tarde. Hay un Cadillac Escalade blanco aparcado a la vera de un arroyo bajo unos imponentes álamos de Virginia. Enganchado a la trasera del vehículo hay un remolque para dos caballos y el Escalade tiene el portón trasero bajado. La puerta del conductor está abierta y un hombre —Reiner— sentado al volante mira desde la puerta con unos prismáticos. Va bien vestido, con pantalones chinos, camisa de sport y botas de piel, unas Gokey a prueba de serpientes.

Desierto. Cae la tarde. Un guepardo pasa corriendo a gran velocidad.

Amsterdam, una calle con tiendas, un canal. El consejero cruza un puente. Viste un traje de verano, sin corbata, y en una mano lleva una cartera de nailon negro.

Desierto. Una mujer muy atractiva —Malkina— está sentada con las piernas cruzadas en el portamaletas del techo del Escalade. Luce un sombrero de cowboy negro con la copa chata y barbuquejo de cuero trenzado. Camisa blanca y chaleco de piel, unos pantalones de montar de pana y botas de cuero caras. Lleva la cabellera negra recogida atrás y está mirando por unos prismáticos de los caros acodada sobre sus rodillas.

Taller mexicano. El operario soldando otra vez la parte superior del depósito.

Taller mexicano. El operario está aplicando el cordón de soldadura a lo largo del costado del depósito con una amoladora eléctrica en medio de una lluvia de chispas.

Desierto. Una liebre corre entre la hierba. El guepardo la atrapa y acaba con ella en medio de una nube de polvo.

Desierto. La mujer baja sus prismáticos, cierra los ojos y se aprieta los costados con los codos. Casi da un respingo. Desde tan cerca se ve el gato egipcio que lleva tatuado en un lado del cuello. Un segundo guepardo, que está encadenado al Escalade, se levanta y gira sobre sí mismo antes de echarse otra vez y fija la mirada en la lejanía.

Taller mexicano. Un hombre con mono de faena y mascarilla autofiltrante está pintando a spray el depósito del camión cisterna dentro de un cubículo para pintar.

Oficina de un vendedor de diamantes en Amsterdam. Habitación con paneles de madera, estilo antiguo. El vendedor está en mangas de camisa, con tirantes y

corbata. Empuja el microscopio por encima de la mesa. El consejero se inclina sobre el microscopio. Encima de la mesa, entre ambos, hay un paño negro de joyero con siete u ocho diamantes de entre tres y cinco quilates. El consejero levanta la vista y el vendedor alarga el brazo y tira del microscopio hacia sí, hace un gesto con la mano, como quien se encoge de hombros, y retira el diamante de la pinza y lo deja sobre el paño y monta otra piedra en la pinza y empuja de nuevo el microscopio. El consejero examina la piedra. El vendedor le observa.

Pequeña localidad portuaria mexicana en el golfo de California. Varios camiones están siendo descargados y luego recorren un trecho de muelle en dirección a un almacén con un rótulo sobre la puerta donde reza Aduana. Uno de los vehículos es el camión cisterna de aguas residuales. Le hacen señas para que se arrime y el conductor entrega un sobre marrón al inspector de aduanas, que se lo guarda dentro de la chaqueta. El camión parte hacia la carretera.

Desierto, al ponerse el sol. La mujer cabalga por la pradera casi a galope tendido a lomos de un buen caballo árabe. Silla de montar inglesa. Hace girar a su montura y mira hacia atrás y luego se inclina sobre el pescuezo del caballo para apremiarlo. Los dos guepardos la adelantan y desaparecen entre el polvo.

Desierto en el sudoeste. Montañas rielando a lo lejos. Perspectiva de una larga y recta carretera de asfalto casi líquida en las ondas provocadas por el calor.

Desierto en el sudoeste. El camión cisterna está detenido en el chaparral. El conductor abre la puerta y se yergue, sujetándose al techo de la cabina y a la parte superior de la puerta. Su compañero mira a través del parabrisas con unos gemelos. En lontananza una hilera de rezagados atravesando el chaparral: hombres y mujeres con maletas, con bolsas de ropa al hombro. El que está erguido se saca un cigarrillo del bolsillo de la camisa y lo enciende y expulsa el humo despacio.

Oficina del vendedor de diamantes.

CONSEJERO: Tiene que ser algo que a ella no le resulte incómodo llevar. No quiero regalarle un diamante tan grande que le dé miedo lucirlo.

VENDEDOR (*asintiendo, un amago de sonrisa*): Seguro que ella es más valiente de lo que imagina.

Saca la piedra de la pinza y ajusta otra y la mira a través de la lupa. Se la acerca a la boca, le echa el aliento y vuelve a examinarla. Se inclina para colocarla bajo el microscopio y se echa hacia atrás otra vez. El consejero adelanta el torso para examinar la piedra. El vendedor le observa.

CONSEJERO: ¿Es un cojín?

VENDEDOR: No. Es un Asscher. Fíjese en las esquinas.

CONSEJERO: Ya veo.

VENDEDOR: Vamos a ponerlo en la caja de luz.

El consejero levanta la vista y extrae la piedra de la pinza con las tenacillas y coge una pequeña gaveta de cartón blanco y coloca encima de ella el diamante.

VENDEDOR: Los lados del cojín forman un ligero arco. Es una versión moderna del llamado corte de la mina vieja. Miremos el color.

El consejero ajusta el microscopio y gira la piedra con las tenacillas.

VENDEDOR: Póngalo de cara a la mesa.

CONSEJERO: Para mirarlo a través del pabellón, quiere decir.

VENDEDOR: Sí. Hay otras cosas que mirar.

CONSEJERO: Parece amarillo.

VENDEDOR: Sí. Es lo que se denomina color del cuerpo. Sigue siendo una piedra blanca, pero el color del cuerpo probablemente es marrón o amarillo. Los colores empiezan en la D. Un diamante D carece de color.

CONSEJERO: Y los colores van hasta la Z.

VENDEDOR: Así es.

CONSEJERO: Entonces ¿lo que estoy mirando...?

VENDEDOR: Un H.

CONSEJERO: ¿Es bueno, ese color?

VENDEDOR: Sí, muy bueno. El tono amarillo se lo da el nitrógeno. Lo cierto es que cualquier cosa que se diga de un diamante tiene que ver con una imperfección, un defecto. El diamante ideal estaría compuesto únicamente de luz. ¿Ve usted la inclusión?

CONSEJERO: No.

VENDEDOR: Fíjese bien. Es pequeña. Nosotros lo llamamos una pluma. Gire un poquito la piedra.

CONSEJERO: Sí, creo que ya lo veo. *(Levanta la mirada y se retrepa en la silla).* Bueno, ¿y de qué calidad es?

VENDEDOR: VS-1. Aunque algunos quizá le darían una cualificación más alta.

CONSEJERO: ¿Usted, por ejemplo?

El vendedor se encoge de hombros.

CONSEJERO: A usted le gusta esta piedra.

VENDEDOR: Sí, me gusta.

CONSEJERO: ¿De cuántos quilates es?

VENDEDOR: De tres coma nueve.

CONSEJERO: Es un diamante caro.

El vendedor se encoge de hombros. Tira del microscopio hacia sí y coloca otra piedra en la pinza y lo empuja de nuevo.

VENDEDOR: Dígame lo que ve. Recuerde que no está mirando si encuentra virtudes. Este negocio es muy cínico. Solo buscamos la imperfección. Esta piedra es de cinco quilates. Dígame usted qué ve.

CONSEJERO (*inclinándose hacia el microscopio*): Tal como está.

VENDEDOR: Sí.

CONSEJERO: La faceta del fondo es grande, parece.

El vendedor se encoge de hombros. El consejero examina la piedra.

CONSEJERO: La corona y la parte inferior no encajan. Es como si la faja estuviera torcida.

VENDEDOR (*levantando las cejas*): Muy bien.

CONSEJERO (*mira al vendedor*): Pero no hay diamante perfecto.

VENDEDOR: *En este mundo nada es perfecto*^[*]. Como diría mi padre.

CONSEJERO: Usted es sefardí.

VENDEDOR: Lo soy.

CONSEJERO: ¿Conoce España?

VENDEDOR: Sí. Y ella me conoce a mí. Hubo un tiempo en que pensé que España volvería de la tumba, pero no va a ser así. Todos los países que han expulsado a los judíos han sufrido el mismo destino.

CONSEJERO: ¿Cuál?

VENDEDOR: Bah, mejor que no se lo cuente. Hablemos de las piedras. La más valorada es el diamante rojo. Procede de la mina Argyle. Es, por tanto, muy raro. En mi larga vida he visto solo dos. El precio no lo quiera usted ni imaginar.

CONSEJERO: Pues me gustaría conocerlo.

VENDEDOR (*echándose hacia atrás y escrutando al consejero*): ¿En serio?

CONSEJERO: Sí.

VENDEDOR: Uf. Veamos. No existe otra cultura que la semítica. Ya está. La última cultura conocida antes de la semítica fue la griega, y ya no habrá otra después.

CONSEJERO: Me parece una afirmación muy atrevida.

VENDEDOR: El núcleo de toda cultura está en la naturaleza del héroe. ¿Quién es ese hombre venerado? En el mundo clásico fue el guerrero. Pero en el mundo occidental es el hombre de Dios. Desde Moisés hasta Cristo. El profeta. El penitente. Una figura desconocida para los griegos. Inaudita, inimaginable. Porque puede haber un hombre

de Dios, pero no un hombre de dioses. Y este Dios es el Dios del pueblo judío. No existe otro. En Occidente asistimos a su... ¿cómo se dice?, a su sustracción. Sustraer es la palabra. ¿Y cómo se roba un Dios? El judío contempla al torturador ataviado con las vestiduras de su propia cultura milenaria. Todo tiene una extraña familiaridad. Pero las prendas no caen bien y de las manos siempre mana sangre. Esa capa, ¿no era del tío Chaim? ¿Y esos zapatos? Basta. Ya veo cómo me mira. Dejemos la filosofía. Schiller probablemente tenía razón. Cuando los dioses eran más humanos los hombres eran más divinos. Las piedras mismas tienen su propia visión de las cosas. Tal vez no son tan silenciosas como usted piensa. Brotaron de la tierra cuando aún no había testigos, pero ya ve, aquí están. Bien. ¿Quién será su testigo? Nosotros dos. Aquí. (*Ajustando una piedra en la pinza*). Ésta es una piedra con moraleja.

CONSEJERO: Un diamante con moraleja.

VENDEDOR: Claro. ¿Y por qué no? Aunque imagino que todo diamante tiene su moraleja. Aun tratándose de algo con frecuencia inalcanzable, no es un pequeño objeto de deseo. Participar del destino infinito de la piedra: ¿no es ese acaso el sentido del embellecimiento? Realzar la belleza del ser amado es admitir tanto su fragilidad como la nobleza de dicha fragilidad. En un alarde de noble comportamiento pregonamos ante la oscuridad que lo fugaz de la vida no nos intimida. Que no nos dejaremos menoscabar por ello. Permita que se lo muestre. Ya verá.

Cae la tarde. Malkina está sentada en una silla de camping ante una mesa plegable cubierta con un mantel de hilo, además de porcelana y cubiertos. Una lámpara de aceite alumbraba sobre la mesa y la mujer está leyendo un libro. Reiner le deja delante un vaso alto con una cereza dentro y se inclina coctelera en mano y le sirve un manhattan. Ella alza los ojos y sonrío. Él se acerca al fuego y le da la vuelta a dos filetes que se están haciendo en la parrilla. Los dos caballos pacen a escasa distancia de allí. Los guepardos, atados, se agitan; uno se alza y gira sobre sí mismo antes de tumbarse de nuevo. La mujer toma un sorbo del combinado.

Desierto. Cae la tarde. Reiner y Malkina están en un promontorio en medio de la pradera contemplando el ocaso. Medio sol se ha puesto ya. El cielo es enorme y rojo.

REINER: Te gusta porque te recuerda a Argentina.

MALKINA: Es como Argentina, igual. La pampa. Pero no me gusta por eso. Me gusta por sí mismo.

REINER: No tiene por qué ser igual que otra cosa.

MALKINA: Claro.

REINER: ¿Te recuerdo yo a otra persona?

MALKINA: Sí, la verdad.

REINER: ¿Alguien a quien echas de menos?

MALKINA: Alguien que murió. No creo que eche de menos nada. Las cosas están y de un día para otro ya no están. Echarlas de menos es confiar en que volverán. Pero las cosas no vuelven. Eso lo he sabido siempre, desde que era una niña.

REINER: ¿No te parece un poco frío?

MALKINA: Yo creo que la verdad no tiene temperatura. Mira, ya está.

El sol desaparece tras el horizonte.

Desierto. El sol acaba de ponerse. Montañas peladas de un tono morado recortándose oscuras contra un cielo vespertino con franjas de un rojo intenso. En la lejanía el gemido agudo y fino de una motocicleta; lentamente va cobrando volumen. Muy lentamente. Luego cruza la media distancia en una pequeña fracción de segundo, apenas un parpadeo, y se pierde a lo lejos hacia el silencio.

FIN DE LOS CRÉDITOS

Un coqueto restaurante en el interior de un club privado. Una veintena de mesas, los comensales bien vestidos, las mujeres con traje de noche y enjoyadas. Candelabros, copas de cristal, cubertería de plata, mantel de hilo. Por los altavoces suena Anne-Sophie Mutter tocando el Concierto número 2 para violín de Mozart. Los camareros visten corbata y pantalón negros con chaquetilla blanca. En una de las paredes hay ocho grandes retratos al óleo de gente famosa: Bogart, Marilyn, Dean, Elvis, Lennon, Miles Davis, Billie Holiday y el marqués de Portago, piloto español de Fórmula 1. Los cuadros son llamativos y de colores vivos, pero no chabacanos o de mal gusto. Son óleos que podrían pasar por retratos al pastel de excelente calidad. Al fondo de la sala hay una plataforma elevada —un pequeño escenario— y sobre la misma un piano de cola. La tapa del piano está cubierta con una colcha o manta de color rojo y asegurada por debajo del piano mediante pulpos. Encima del instrumento yace un guepardo. El segundo guepardo avanza por la sala dejando atrás las mesas. Al pasar, una mujer lo acaricia distraída sin mirarlo siquiera. El guepardo salta grácilmente sobre el piano y olfatea al otro guepardo y le lame el pelo. Llevan gruesos y complicados collares provistos de transpondedores de color negro. Colgado de la tercera pared, el morro apuntando hacia abajo, un auténtico Lotus de Fórmula 2. Hay una pared llena de fotografías de coches y pilotos y gente famosa. En la mesa esquinera un hombre y una mujer están sentados cara a cara. Él tiene cuarenta y tres años, ella treinta y seis. Visten con elegancia y son muy atractivos. Un camarero está despejando la mesa y otro acaba de servirles champán. Ciñe nuevamente el cuello de la botella con el paño y embute la botella en el hielo del cubo y se marcha.

CONSEJERO: Bueno, he de hablar contigo de una cosa y me da un poco de miedo.

LAURA (*sonriendo*): ¿Has sido malo?

CONSEJERO: No. En realidad no es que tenga que hablar de nada. Deja que te dé esto y luego me dices qué te parece.

Saca del bolsillo de su americana un pequeño estuche de terciopelo negro y lo pone encima de la mesa. Ella se lleva el dorso de la mano a la boca y le mira. Luego coge el estuche y lo abre. Vuelve a mirarle.

LAURA: Oh, cariño.

CONSEJERO: ¿Quieres...?

LAURA: Sí, quiero.

CONSEJERO: Caray.

LAURA: ¿No lo sabías?

CONSEJERO: Sí, pero me daba miedo de todos modos.

LAURA: Es precioso.

CONSEJERO: ¿Estás bien?

LAURA: Sí. Me siento un poco rara.

CONSEJERO: No irás a echarte a llorar...

LAURA: Creo que no. ¿Estás seguro de esto?

CONSEJERO: ¿Yo? Segurísimo.

LAURA: Es una preciosidad.

CONSEJERO: Tú eres una gloria.

LAURA: ¿Cómo que una gloria?

CONSEJERO: Pues eso. Que eres una gloria de mujer.

LAURA: Muchas gracias. Y tú tienes un gusto impecable. No debería haber dicho eso.

Él levanta su copa.

CONSEJERO: No se admiten devoluciones.

Ella saca el anillo del estuche y se lo pone en el dedo y extiende la mano para contemplarlo. Gira la mano para que él lo vea. Coge su copa, la hace chocar con la de él y beben.

LAURA: Entonces de acuerdo.

CONSEJERO: Pienso amarte hasta que me muera.

LAURA: Antes me muero yo.

CONSEJERO: De eso nada.

Un pequeño colmado. Un joven vestido con prendas de motorista de cuero verde chillón —cazadora, pantalones ajustados, botas y guantes verdes— está en la cola para pagar. Lleva el casco colgando de un brazo. Es de tez oscura. Medio mexicano. La mujer que tiene delante ha dejado su compra sobre la cinta transportadora y el empleado va haciendo la cuenta. Ella se vuelve y sonríe al chico, que sostiene en brazos una bolsa de cinco kilos de comida para perros.

MUJER: ¿Tienes perro?

JOVEN: Que si tengo perro...

MUJER (sonriendo): Sí.

JOVEN: No, señora.

MUJER (un poco desconcertada): Ah.

JOVEN: No tengo.

MUJER: Vale.

JOVEN: Esto es para mí.

MUJER: ¿Para ti, dices?

JOVEN: Sí, señora. Es una dieta.

MUJER: ¿Una dieta?

JOVEN: Sí, señora. Bien. No sé si debería hablarle de esto. Lo he probado un par de veces y la verdad es que funciona bastante. No comes casi nada. ¿Que tienes hambre? Pues te zampas un par de cosas de éstas. Yo voy a todas partes con una bolsita llena. ¿Que te despiertas por la noche? Nada de ir a saquear la nevera. Es cuestión de dejar un platito de esto en la mesita de noche y zamparse dos o tres. Al lado un vaso con agua. La última vez bajé doce kilos en cuatro semanas. Yo se lo recomiendo a todo el mundo. ¿Las dietas que anuncian por ahí? (Señalando). Yo sé que esto funciona. Naturalmente es como todo, hay que usar la cabeza. La vez anterior me desperté en el hospital. Simplemente hay que centrarse. Es como todo. Pero si quiere perder peso, esto es ideal. Lleva todo lo que uno necesita: vitaminas, minerales. ¿Y sabe una cosa? Pasados unos días ya no quieres probar nada más. Ya le digo, yo lo recomiendo a todo el mundo.

La mujer se vuelve hacia el empleado y éste le devuelve la tarjeta de crédito. El otro empleado ha terminado de meter los artículos en bolsas. El chico empuja su paquete de comida para perros.

MUJER: Pero has dicho que te despertaste en el hospital. ¿Qué te pasó? ¿Tuviste una

reacción sistémica o algo así?

JOVEN (*sacando dinero para pagar la bolsa de comida para perros*): No, qué va. Nada de eso, señora. Estaba sentado en la calle tocándome las pelotas y un coche me atropelló. Bueno, cuídese, ¿de acuerdo?

El ático de Reiner. Una habitación grande que da a una terraza con piscina. Hay unas veinte personas entre la habitación y la terraza, incluido un buen número de chicas atractivas. Junto a la piscina hay mesas y tumbonas y jóvenes desnudas chapoteando en el agua. En el patio exterior hay una cabaña y una barra con un barman preparando bebidas y a su lado un corpulento levantador de pesas negro asando filetes y costillas en una parrilla de acero inoxidable para exterior. En la sala hay mesas y sofás. Dos camareras con patines de ruedas llevan bebidas y comida a la gente, una en bikini y la otra en bragas y camiseta estampada. Uno de los guepardos está tumbado en un sofá y el otro cruza la habitación en ese momento. La camarera rueda hasta la barra y pide dos Budweiser. La camiseta, que lleva sin sujetador debajo, ostenta un coche trucado de dibujos animados con ruedas descomunales y un enorme sobrealimentador GMC 671 instalado en el motor. La leyenda dice: «La inyección mola pero prefiero ir colocado». El barman abre la nevera y saca dos botellas de cuello largo y grita ¡Birra va! y el cocinero, que lleva un peto de pantalón corto, se coloca en posición y el barman le encaja la botella en el trasero del peto y quita la chapa de la botella y luego hace lo propio con la segunda y deposita las dos cervezas en la bandeja de la camarera. La chica se aleja rodando hasta una mesita baja y deja allí las botellas de cerveza y dos mujeres jóvenes echan sendos tragos. En la pared hay una pantalla enorme donde se suceden imágenes de gente, fotos a color tomadas en fiestas celebradas en el ático. El consejero cruza la sala y va hasta una puerta y pulsa tres botones de un teclado numérico. Espera. Se oye un clic y el consejero abre la puerta, entra y se vuelve para cerrarla. La habitación es moderna y elegante. Arrimada a una de las paredes una batería de ordenadores y equipo electrónico.

Una elegante mesa de madera noble y acero inoxidable. Reiner está sentado en el canto de la mesa hablando con Malkina, que está de pie entre las rodillas de él. Malkina se vuelve y sonrío al consejero y Reiner le saluda.

REINER: Buenos días, consejero.

CONSEJERO: Buenas.

Malkina susurra algo al oído de Reiner y le da una palmadita en la rodilla antes de

volverse para salir. Es alta, morena y muy atractiva. Dedicó otra sonrisa al consejero cuando pasa junto a él.

MALKINA: *Hola, guapo.*

CONSEJERO: Qué tal.

Ella se marcha cerrando la puerta. Reiner baja de la mesa y coloca bien su butaca giratoria y se sienta en ella y le indica al consejero un sofá de piel cercano a la mesa y perpendicular a la misma. El consejero va hasta el sofá y toma asiento.

REINER: ¿Cómo está la novia?

CONSEJERO: Ennoviada.

REINER: Muy oportuno. Linda chica. Imagino que ella no estará al corriente de tu última aventura empresarial.

CONSEJERO: Imaginas bien. ¿Y tu chica?

REINER: Sí.

CONSEJERO: Sí ¿qué?

REINER: No hay problema. No sé lo que ella sabe. Y no quiero saberlo.

CONSEJERO: No te fíes de ella.

REINER: Coño, consejero. Es una mujer.

CONSEJERO: Vaya.

REINER: Bueno, tampoco lo digo en ese plan. Me refiero a que con respecto a los hombres ellas tienen sus propias ideas. Siempre me han gustado las chicas listas, pero es un hobby que sale caro.

CONSEJERO: Sí, ya. *(Señalando hacia la pared electrónica)*. ¿Tú sabes qué es todo eso?

REINER: Bastante. Y lo que no sé puedo preguntárselo a ella. Cosa que me preocupa todavía más.

CONSEJERO: Mmm...

REINER: Sí.

CONSEJERO: Nunca me has contado lo que pasó entre tú y la encantadora Clarissa.

REINER: Ah, la señorita Clarissa. De extraordinaria anatomía. ¿Que qué pasó? Creo que si cortamos fue por celos.

CONSEJERO: ¿Celos?

REINER: Pues sí. Se follaba a más tías que yo.

CONSEJERO *(sonriendo)*: ¿Es cierto eso?

REINER: No lo sé. Podría ser. Debo decir que para ser una chica a la que le iban las chicas tenía un extraordinario interés por el miembro viril. Me lo chupaba con tal ahínco que al final se me arregló la vista. Me dejó por una negra que estaba muy

buena. El novio jugaba en los Oilers. Buen tipo. Una vez estuvimos tomando copas en un club de Dallas para hablar de nuestras desavenencias. Él se lo estaba tomando bastante mal, la verdad. Las mujeres se lo montan mejor, ¿no crees?

CONSEJERO: Será que tienen más práctica.

REINER: Igual sí. Yo diría que por regla general si uno siguiera con la mujer a la que llora, todavía lloraría más.

CONSEJERO (*sonriendo*): Desde aquí dentro no se oye nada, ¿verdad?

REINER: Mejor aún.

CONSEJERO: ¿De veras?

REINER: Desde ahí fuera no se oye nada.

CONSEJERO: Entonces ¿es un sitio seguro?

REINER: Quién sabe. Yo no hablo con frases reprochables, nunca. Ese teléfono lleva un emisor de interferencias, pero eso no quita que ahí fuera haya un montón de gente lista. Pero el que se crea el más listo lo tiene claro, eso sí.

CONSEJERO: ¿Te refieres a mí, quizá?

REINER: No, hombre. Aunque siempre he pensado que saber de leyes es como tener licencia para robar. Y que tú, por ejemplo, no le habías sacado mucho partido.

El consejero se encoge de hombros.

REINER: En fin. A ver, tú no eres el tipo recto que la gente piensa, ¿verdad?

CONSEJERO: Supongo que no.

REINER: Y no estoy hablando del golpe. Me refiero a ti. Tú a las mujeres les gustas.

CONSEJERO: Bueno.

REINER: ¿Sabes lo que les gusta de ti?

CONSEJERO: ¿Que tengo un buen polvo?

REINER: Bueno, aparte de eso. Las mujeres tienen un olfato especial para el dilema ético. La paradoja.

CONSEJERO: El dilema ético.

REINER: Sí. Les atrae, no sé muy bien por qué. Será que como carecen de todo sentido de lo moral les fascina que nosotros lo tengamos. ¿Tú quieres saber si un tío tiene problemas? Pues observa cómo reaccionan las mujeres ante él.

CONSEJERO: Muy interesante.

REINER: Los hombres también sienten atracción por mujeres con defectos, cómo no, pero se engañan pensando que pueden arreglarlas. Ellas pasan de arreglar nada; solo quieren que las entretengan. A las mujeres, de hecho, puedes hacerles cualquier cosa menos aburrirlas.

CONSEJERO: Bueno, yo de Laura no hay nada que quisiera arreglar.

REINER: Tú sabrás.

CONSEJERO: Pero a ti te parece que quizá sabe cosas de mí que yo mismo desconozco.

REINER: Joder, consejero. Ahora sí que me he perdido.

CONSEJERO: Déjalo. ¿Y qué me dices de ti? Con respecto a tu *inamorata*.

REINER: No lo quieras saber. Yo no lo quiero saber.

CONSEJERO: Dilemas éticos.

REINER: Sí. Continúa por ese camino en el que te has metido y al final llegarás a decisiones éticas que te van a sorprender mucho. No las verás venir.

CONSEJERO: ¿Por ejemplo?

REINER: Cargarte a alguien. O hacer que se lo carguen.

CONSEJERO: ¿Te has enfrentado alguna vez a una decisión como ésa?

REINER: Tú eres miembro del tribunal.

CONSEJERO: Digamos que no tengo pensado dedicarme a este oficio.

REINER: Una vez y no más, ¿eh?

CONSEJERO: Cosa que habrás oído un millar de veces.

REINER: No tantas, en realidad. Suele pasar que después de un par de trabajos ya saben más que tú y se montan su negocio justo en la acera de enfrente.

CONSEJERO: ¿Y qué tal les va?

REINER: Bien no.

CONSEJERO: ¿Eso sería un problema ético?

REINER: No para mí.

CONSEJERO: Para tus socios.

REINER: Hombre, ellos le tienen mucha manía a mezclar negocios y placer. ¿Sabes qué es un bolito?

CONSEJERO: No. Sé lo que es una corbata de bolo. ¿O es una cosa de ésas que se lanzan? En Argentina.

REINER: Ya. En este caso es un artilugio provisto de un pequeño motor eléctrico con un increíble engranaje compuesto que va soltando un fino cable de acero. Funciona con batería. El cable está hecho de una aleación impura, es casi imposible de cortar y forma una lazada; te acercas al tipo por detrás y se lo pasas por encima de la cabeza y tiras del cabo suelto de cable y te vas. No te ha visto ni Dios. Al tensar el cable se activa el motor y el nudo va apretando y apretando hasta que se cierra por completo.

CONSEJERO: Y el tío se queda sin cabeza.

REINER: Es una posibilidad.

CONSEJERO: No puede hacer nada.

REINER: Nada.

CONSEJERO: Joder.

REINER: Pues sí.

CONSEJERO: ¿Cuánto tarda la cosa?

REINER: Tres o cuatro minutos. Cinco como mucho. Depende de la talla de camisa.

CONSEJERO: Te estás quedando conmigo.

REINER: ¿Yo? Bueno, digamos que exagero un poquito. Es que no sería nada fácil desconectar el trasto. Ni haría falta tampoco. El artefacto sigue funcionando hasta que el nudo se cierra del todo y luego se autodestruye. De hecho, probablemente estés muerto en menos de un minuto.

CONSEJERO: Estrangulado.

REINER: No. Lo que pasa es que el cable corta las arterias carótidas, y cuando la sangre empieza a chorrear los espectadores se largan todos a casa.

CONSEJERO: Joder.

REINER: Pues sí.

CONSEJERO: Bolito, ¿eh?

REINER: Sí. Otro juego de palabras, seguramente. «Boleto», con «e», significa «billete» en español. El tuyo, que te lo acaban de perforar.

CONSEJERO: Me extraña que el cable pueda cortar hueso.

REINER: Es que no lo corta. Tendría que pasar entre vértebra y vértebra. Es un engranaje de tornillo sin fin provisto de una abrazadera con incremento integrado. De hecho, es un reductor de velocidad. Cada vez aprieta más pero más despacio; de ese modo contrarresta la resistencia que ofrece el tejido.

CONSEJERO: ¿Y tú cómo sabes todo esto?

REINER: Ya me conoces, me gustan las maquinillas. Resulta que un amigo mío mangó una. En Calxico. Propiedad del condado.

CONSEJERO: Supongo que deben de ser caras.

REINER: Y lo son. Ésta era de segunda mano.

CONSEJERO: Fantástico.

Reiner se encoge de hombros.

CONSEJERO: ¿Cómo es que no lo ve nadie?

REINER: ¿A quién?

CONSEJERO: Al verdugo, digamos.

REINER: Bueno, si te dan a elegir entre mirar a un tío alejándose por la calle y mirar cómo alguien es decapitado lentamente por un aparato que se diría inventado y patentado en el mismísimo infierno, seguro que eliges esto último. Es así, créeme. Quizá piensas «No tendría que mirar», pero miras.

CONSEJERO: Y esa manía de cortar cabezas, ¿de dónde viene? Antes por aquí no se estilaba.

REINER: Es verdad. La cosa ha venido del este.

CONSEJERO: Del este. ¿Quieres decir Oriente?

REINER: Sí. Tú mete a nueve mexicanos y a un árabe en la misma habitación, dale cien dólares a cada uno y vuelve al cabo de un par de horas: ¿quién crees que tendrá los mil en la mano?

CONSEJERO: Así que te estás preparando para hacer negocios con ellos en un futuro próximo.

REINER: ¿Con los árabes?

CONSEJERO: Sí.

REINER: No.

CONSEJERO: ¿Y eso?

REINER: A ellos no les hace falta tu dinero.

Desierto en el sudoeste. El camión cisterna y una pickup aparcados en el chaparral. Los dos conductores mexicanos están hablando con otros dos hombres. Acuclillados en el suelo. Uno ofrece un paquete de cigarrillos. Luego coge un palo y dibuja un mapa en la tierra.

Un almacén con reflectores. La puerta metálica se eleva ruidosamente y el motorista de cuero verde entra a lomos de una Kawasaki ZX-12 y frena en seco y hace un trompo sobre el suelo de cemento y se detiene. Apaga el motor y se quita el casco. Una perra doberman corre hacia él y se yergue y él la abraza y le revuelve las orejas y se baja de la moto. En la parte del fondo se ve un Cadillac Escalade negro último modelo. El motorista camina con la perra dando brincos a su lado hacia un espacio en el rincón del fondo donde hay una pequeña cocina y una cama, una taquilla metálica, una poltrona de piel; lleva consigo la bolsa de comida para perro. Llena el cuenco de la doberman y enciende el equipo de música y luego va a la nevera y saca cena congelada y la mete en el microondas y abre una cerveza y se sienta a mirar cómo come la perra. Deja la cerveza encima de la mesa y se levanta para quitarse la chupa de cuero y de un bolsillo con cremallera saca una bolsa de plástico transparente y la tira sobre la mesa. Está llena de billetes de cien dólares. Abre un cajón y saca un paquete de marihuana y papel de fumar y se sienta a liar un porro. Lo enciende y se retrepa con los ojos cerrados. La perra termina de comer y se le acerca y olfatea y estornuda. Él le sopla humo a la cara y la perra estornuda y gira en redondo.

JOVEN: Ya. Qué se le va a hacer.

Suena el timbre del microondas. Se levanta y abre la puerta del microondas y saca la cena. La perra le observa.

JOVEN: Tú no comes lasaña. Échate otra vez.

En el club. El consejero y Laura sentados a una mesa. Un joven con camiseta estampada, cazadora y tejanos va camino de la salida, en compañía de una chica. Se detienen, él retrocede un paso y mira al consejero con una sonrisa.

TONY: Hombre, consejero, ¿qué tal le va?

El consejero se lo queda mirando.

CONSEJERO: Muy bien.

TONY: ¿Es su chica?

CONSEJERO: Sí.

TONY: ¿Cómo está usted, señora?

LAURA: Bien. Gracias.

TONY: El consejero y yo nos conocemos desde hace mucho. ¿Verdad que sí, consejero?

CONSEJERO: Me temo que sí.

TONY: Pues no tema, hombre. Yo hice borrón y cuenta nueva. ¿Usted ha hecho borrón y cuenta nueva, consejero?

CONSEJERO: Si tú sí, yo también.

TONY (*dirigiéndose a Laura*): ¿Lo ve? En mi vida he conocido a un hijoputa tan hijoputa como él.

CHICA: Vámonos, Tony.

TONY: ¿Cuánto hace que sales con este tipo, Petunia?

LAURA: Lo suficiente.

TONY: ¿Y cómo se come eso de «lo suficiente», eh?

CONSEJERO: Quizá deberías hacerle caso a tu amiga, Tony.

TONY: ¿Es lo que hace usted, consejero?

CONSEJERO: Por regla general.

TONY (*a Laura*): ¿La entretiene bien?

LAURA: Eso no es asunto suyo.

TONY: Porque a mí me parece que es de las que se aburren fácil.

CHICA: Tony. Larguémonos.

TONY: Está bien. Ya voy. Eh, vamos a hacer una prueba. A ver si sabéis lo que es esto. Os gustará.

Se levanta la camiseta y apoya las palmas de las manos a cada lado del ombligo y mueve la piel del abdomen arriba y abajo alternativamente, muy deprisa, siete u ocho veces y luego las separa dejando el ombligo al descubierto. Lo hace otra vez.

TONY: ¿Qué? ¿Lo captáis?

Laura se ha vuelto y ha cerrado los ojos.

TONY: Lo voy a hacer otra vez. Mirad.

Repite el truco.

TONY: Venga, consejero. Es una chica saltando vallas.

Laura baja la cabeza, los ojos cerrados.

TONY: Venga, bomboncito. ¿Qué? No me digas que no es gracioso. Su chica es un poquito estrecha, ¿eh, consejero?

El consejero echa la silla hacia atrás y se pone de pie.

CHICA: Yo me voy, Tony.

TONY: Coño, consejero. Por mí no hace falta que se levante. Sabes, Petunia, aquí tu amigo es de los que se mosquean cuando no se salen con la suya. Juraría que probablemente ya lo has notado. De todos modos el problema no es ése. El problema es que fíjate si será susceptible que le da lo mismo que tú acabes bajo las ruedas de un autobús. No sé si me entiendes. En fin, yo al menos lo veo así. (*Levanta las manos*). Está bien. Ya me marchó. Me marchó. A cuidarse, ¿vale?

Una cafetería en un centro comercial. Malkina y Laura almozando sentadas a una mesa.

MALKINA: ¿Y de cuántos quilates es?

LAURA: Ni idea.

MALKINA (*a punto de llevarse el tenedor a la boca con un poco de ensalada y bajándolo otra vez*): No me digas que no lo sabes.

LAURA (*sonriendo*): Te lo digo.

MALKINA: Me tomas el pelo, ¿verdad?

LAURA: No.

MALKINA: Déjame ver.

Laura extiende el brazo.

MALKINA: No. Quítatelo.

Laura se quita el anillo y se lo entrega. Malkina mira el anillo, le da la vuelta, lo pone a la luz. Se lo devuelve a Laura.

MALKINA: Es de tres quilates y medio. O tres coma ocho. Bonita piedra. Corte Asscher.

LAURA (*se pone el anillo*): Gracias.

MALKINA: Buen color. Seguramente un F o un G. Nada visible, o sea que por lo menos es un VS-2. ¿Te interesa saber su valor?

LAURA: No.

MALKINA (*sonriendo y meneando la cabeza, mientras pincha la ensalada*): Lo dices en serio, ¿eh?

LAURA: Sí.

MALKINA: Bueno, ¿habéis fijado ya una fecha?

LAURA: No. Yo quiero casarme por la Iglesia. A él le parece bien. Como está divorciado yo pensé que eso sería un problema, pero la Iglesia católica no reconoce otros matrimonios. Ahora estoy buscando trabajo por aquí, ¿sabes?

MALKINA: ¿Tienes miedo?

LAURA (*sonriendo*): No. Estoy un poquito nerviosa. A ratos.

MALKINA: ¿Tú eres de ir a misa y eso?

LAURA: Suelo ir. Para mí es importante.

MALKINA: ¿Y lo de confesarse?

LAURA: También. Bueno, no muy a menudo.

MALKINA: ¿El cura hace preguntas sobre sexo?

LAURA: Él no pregunta, pero se supone que tienes que decírselo todo.

MALKINA: ¿Y no te presiona para que le cuentes los detalles morbosos?

LAURA (*sonriendo*): No.

MALKINA: Me tocó, padre. ¿Dónde, hija mía? En el pompis, padre. Y hay que confesarse quieras o no, ¿verdad?

LAURA: Sí. Para poder comulgar.

MALKINA: Y se supone que prometes no volver a hacer esas guarradas.

LAURA: Exacto.

MALKINA (*menea la cabeza*): Mmm... ¿Y si yo, que no soy católica, fuera a confesarme? ¿Qué diría el cura?

LAURA: No sé. ¿Por qué habrías de ir?

MALKINA: Pues no sé. Porque guardarse las cosas es malo para la salud. ¿Él me escucharía?

LAURA: No lo sé. Ten en cuenta que si no eres católica no puede darte la absolución.

MALKINA: ¿Tú crees que solo los católicos van al cielo?

LAURA: Eso es lo que enseña la Iglesia. Yo no estoy tan segura.

MALKINA: Ya. Pero cualquiera podría ir a la caseta esa, ¿no?

LAURA: ¿Al confesionario? Sí, supongo.

MALKINA: ¿Y qué hay que hacer?

LAURA: Confesar los pecados.

MALKINA: Sí, pero ¿qué le dices? Te metes allí y después ¿qué? ¿Le explicas quién eres?

LAURA: No. Dices: Perdóneme, padre, porque he pecado. Y le dices cuándo fue la última vez que te confesaste. Y luego le cuentas lo que has hecho. Cuando terminas hay que decir que lo sientes. Que estás arrepentida. Y que no volverás a hacerlo.

MALKINA: Pero lo haces.

LAURA: Bueno, sí. Por regla general.

MALKINA: ¿Hay que darle dinero o algo?

LAURA: No.

MALKINA (*meneando la cabeza*): Mmm... Qué raro. Supón que has hecho una muy gorda. ¿No te achucha para que se lo cuentes todo?

LAURA: No creo. Me haces pasar vergüenza.

MALKINA: Ya lo veo. Te has puesto colorada. Vale. Cambiemos de tema.

LAURA: Bien.

MALKINA: Hablemos de mi vida sexual.

LAURA (*levanta la vista*): ¿Te burlas de mí?

MALKINA: Solo te pincho un poco. Vaya mundo.

LAURA: Te parece que el mundo es raro.

MALKINA: Me refería al tuyo.

Norte de México en la frontera con Estados Unidos. De noche. El camión cisterna avanza dando tumbos por el desierto, solo lleva encendidas las luces de posición de la parte delantera. El camión corona una cuesta y se detiene con chirrido de frenos.

A lo lejos en el horizonte se ven las luces de una ciudad.

Un bar en los suburbios. Media tarde. El consejero entra y se detiene un instante en la puerta para que sus ojos se acostumbren a la oscuridad. Westray está sentado a una mesa en el rincón y levanta una mano. El consejero cruza el local y retira una silla y se sienta a la mesa. Westray es algo mayor que el consejero, apuesto, viste bien. Hay pocos clientes en el bar. Al fondo un joven está jugando en la máquina de millón y la empuja y la inclina y luego se aleja. Westray lleva gafas de sol.

WESTRAY: Hola, consejero.

CONSEJERO: ¿No te parece que ya está bastante oscuro?

Westray se quita las gafas. Tiene un ojo a la funerala.

CONSEJERO: Menudo regalito. ¿Qué te ha pasado?

WESTRAY: Un enfrentamiento con un portero. El cual guardaba un inquietante parecido con el Proconsul africanus.

CONSEJERO: ¿Un enfrentamiento?

Westray se encoge de hombros.

CONSEJERO: Cielo santo. ¿Tú qué le dijiste?

WESTRAY: Creo que le dije que no se lo tomara a mal, pero que podía irse a la mierda.

CONSEJERO: Y que no se lo tomara a mal.

WESTRAY: Eso.

CONSEJERO: ¿Qué dijo él?

WESTRAY: Esto: Te voy a hacer mucho daño, blanquito. Ahí viene.

Una camarera se ha acercado a la mesa. Les pone unas servilletas de papel.

CAMARERA: ¿Qué van a tomar?

WESTRAY: Yo una Heineken.

CONSEJERO: Que sean dos.

La camarera mira el ojo morado de Westray y se aleja. Westray se retrepa en su silla y observa al consejero.

CONSEJERO: No sabía que te hubiera dado por la gresca.

WESTRAY: No es eso. Además, era en otro país.

CONSEJERO: ¿Y encima el desgraciado está muerto?

WESTRAY: No. Pero he mandado a un par de tíos de fiar para que hablen con él. Me ha salido carísimo.

CONSEJERO: Me sorprendes.

WESTRAY: No sé por qué. ¿Cómo era esa cita de Miller que tanto le gusta a Reiner? La más pequeña migaja puede devorarnos, ¿no? Algo así. Uno aprende a no dejar pasar nada. Es un lujo que no podemos permitirnos.

CONSEJERO: ¿Debería aplicarme yo el cuento?

WESTRAY: No estaría de más. Bueno. Soy todo oídos.

CONSEJERO: Bien. ¿Qué haces con el dinero?

WESTRAY: ¿Qué hago yo o qué se hace en general?

CONSEJERO: Tú.

WESTRAY: Ingresarlo fuera del país. Si te apetece, lo hablamos. Pero no puedes utilizar a mi gente.

CONSEJERO: De acuerdo.

WESTRAY: Deja que haga una llamada.

CONSEJERO: Está bien.

WESTRAY: Qué más. No te veo contento.

CONSEJERO: Estoy bien. Oye, ¿cuánto vamos a sacar con este golpe?

WESTRAY: ¿En resumidas cuentas?

CONSEJERO: Qué gracia. Sí, en cuentas resumidas.

WESTRAY: Es difícil dar una cifra exacta. Así de entrada no sabes qué gastos vas a tener. Son seiscientos veinticinco kilos. Pura y sin cortar. En Colombia va a unos cincuenta dólares la onza, el precio en la calle en Dallas podría llegar a los dos mil.

CONSEJERO: ¿Dallas es el punto de destino?

WESTRAY: No. Chicago. Si todo el asunto se fuera al carajo la prensa diría que el precio en la calle era de cien kilos. Estamos hablando de veinte, o un poco más.

El consejero saca su estilográfica y se pone a escribir en la servilleta.

WESTRAY: Son veintiuna mil novecientas onzas.

CONSEJERO (*se echa hacia atrás y mira detenidamente al otro*): ¿Cálculo mental?

WESTRAY: No. Es que me acuerdo. Pero conozco a uno que podría calcularlo mentalmente.

CONSEJERO: Bueno. Seguro que es eso.

WESTRAY: Si te rajás, tienes que decírmelo.

CONSEJERO: Tranquilo. No pasa nada.

WESTRAY: No es solo nuestra gente. También están los del dinero. Hay que pasar dólares a México en efectivo y luego ellos han de sacarlos otra vez. Pero nada más.

Hay que utilizar bancos de Estados Unidos. Eso significa que hace falta tener una empresa. Y aun así se necesita a alguien dentro. Te sorprendería la clase de gente que está metida en este negocio. Te sorprendería mucho.

CONSEJERO: ¿Vosotros tenéis una empresa?

WESTRAY: No, hombre. Solo pagamos el porcentaje. La otra opción, claro, es en metálico. Un dolor de cabeza todavía mayor, eso es de cajón. Lo más problemático no es que tu hombre se enamore de una bailarina de striptease y se largue al sur con tu pasta. Lo más problemático es que alguien acabe descubriendo quién es y qué se trae entre manos. Ojo.

Llega la camarera y deja las cervezas y vasos encima de la mesa. El consejero se saca un pequeño fajo de billetes del bolsillo delantero pero Westray ya ha sacado uno de veinte y lo pone en la bandeja. Ella mete la mano en el bolsillo de su delantal para dar el cambio.

WESTRAY: Está bien así.

CAMARERA (*sorprendida, sonriendo*): Vaya, gracias.

WESTRAY: No tendréis por ahí vasos pilsner como Dios manda, ¿verdad?

CAMARERA: ¿Vasos qué?

WESTRAY: Da igual. Gracias.

La camarera se aleja.

WESTRAY: Ya veo la cara que pones. Me gusta dejar una propina lo bastante grande para que no me den las gracias.

CONSEJERO: ¿Por qué no te las dan?

WESTRAY: Porque creen que te has equivocado. Y prefieren no hacértelo ver.

CONSEJERO (*menea la cabeza y sonrío*): Caray. Salud.

WESTRAY: Me fastidia equivocarme sobre la naturaleza humana. En fin (*inclinando su botella hacia el consejero*), una plaga de granos purulentos para sus escorbúticos culos.

CONSEJERO (*sonriendo*): ¿Es tu brindis habitual?

WESTRAY: Cada vez más.

CONSEJERO (*sonriendo*): Si terminan las guerras entre narcos esto se jode, ¿verdad?

WESTRAY: Digamos que será más peligroso. Eso es lo que Reiner parece que no entiende. Quizá habrás notado que últimamente vive a todo tren.

CONSEJERO: Lo he notado, sí.

WESTRAY: Yo nunca entro en su club. Y que conste que echo de menos a ese cabrón. Siempre hemos compartido el gusto por las tías exóticas. Bueno, más de una vez las hemos compartido a ellas también.

CONSEJERO: Pero no a la de ahora, imagino.

Westray se echa hacia atrás y mira largamente al consejero.

WESTRAY: ¿Y por qué tendrías tú que saberlo?

CONSEJERO: Por nada. Disculpa.

WESTRAY: Veo que tu mente está fabricando una imagen turbia. ¿La conoces bien, a ella?

CONSEJERO: No tanto como bien. ¿Por qué lo dices?

WESTRAY: Porque a una persona no la conoces hasta que sabes lo que quiere.

CONSEJERO: Procuraré recordarlo.

WESTRAY: Buena idea.

CONSEJERO: Y tú me aconsejas que vaya ligero de equipaje.

WESTRAY: Sí.

CONSEJERO: ¿Y Reiner?

WESTRAY: Reiner cree que no puede pasar nada. Está enamorado. ¿Te suena de algo? Así que vais a abrir un nuevo club...

CONSEJERO: ¿Te parece mal?

WESTRAY: En absoluto. Qué coño importa. ¿Qué más?

CONSEJERO: No lo sé.

WESTRAY: ¿Tú sabes a cuánta gente asesinaron en Juárez el año pasado?

CONSEJERO: No. A mucha.

WESTRAY: Sí, yo creo que tres mil es mucha gente. Esos tíos son de otra especie, consejero. Quizá te convendría pensar también en eso. Son capaces de arrancarte el hígado y comérselo delante de tu perro.

CONSEJERO: Por Dios, Westray.

WESTRAY: Te haré una pregunta. Antes de eso que llaman guerras entre narcos, ¿quién crees tú que mataba a todas esas chicas en Juárez?

CONSEJERO: No lo sé. Nadie lo sabe.

WESTRAY: Nadie, ¿eh?

CONSEJERO: Nadie.

WESTRAY: Vamos, consejero. ¿Centenares de chicas? Por no decir miles. Sigue el rastro del dinero. Si tienes dinero para invertirlo en aislar toda la casa y te has comprado todos los coches y los trapitos y las armas que te ha dado la gana y tu depravación va más allá de lo humanamente imaginable, ¿en qué te gastas el dinero después?

CONSEJERO: ¿Por qué matan a las chicas?

WESTRAY: Vete a saber. Por diversión. Para pelis snuff. Eso se va a poner de moda, ya verás. En fin, ¿qué haces con una quinceañera a la que acabas de violar con una

desmontadora de neumáticos?

CONSEJERO: Tú crees que los señores de la droga contratan secuestradores para que les vayan proporcionando chicas.

WESTRAY: Lo que creo es que tienen secuestradores a cuota fija.

CONSEJERO: Y yo debería pensar también en eso, imagino.

WESTRAY: Yo no puedo darte consejos.

CONSEJERO: Ya, pero lo estás haciendo.

WESTRAY: No. Solo quiero asegurarme de que estás metido en esto. No sé. Quizá debería decirte lo que le decía Mickey Rourke al tío aquel, como se llame: que eso es lo que yo te recomiendo. No lo hagas.

CONSEJERO (*sonriendo*): Porque te diré una cosa, consejero. Provocar incendios es un delito grave.

WESTRAY: Y esto también.

CONSEJERO: Bien, digamos que me sorprende un poco el carácter cauteloso de todo este diálogo.

WESTRAY: Una palabra que me gusta: «caución». En el sistema judicial escocés define un instrumento en virtud del cual una persona actúa como fiadora de otra.

CONSEJERO: Fiadora...

WESTRAY: Sí.

CONSEJERO: Suena un poco primitivo.

WESTRAY: Ya. Naturalmente el problema está en qué hacer cuando resulta que el fiador es el activo más interesante.

Pausa.

CONSEJERO: ¿Qué me dices de ti?

WESTRAY: Yo puedo desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Con mi dinero. ¿Y tú?

El consejero está mirando hacia otra parte.

WESTRAY: Mira, consejero. La verdad es que yo podría dejar todo esto. Y quiero decir «todo». Seguramente no te lo vas a creer, pero allá va. Pienso en mi vida. ¿Qué he hecho yo por los desdichados, por los desesperados, los dados por culo? Y conste que soy bastante escéptico con respecto a la bondad de los buenos. Si revisáramos los archivos de los redimidos me temo que descubriríamos historias de miseria moral más allá de lo simplemente atroz. He visto de todo, o casi. Y todo es una mierda. Yo me iría tranquilamente a vivir a un monasterio. Fregaría escalones, lavaría cacharros de cocina, quizá plantaría algunas cosas. ¿Por qué no?

CONSEJERO: Hablas en serio.

WESTRAY: Muy en serio.

CONSEJERO: ¿Y por qué no lo haces?

WESTRAY: ¿Respuesta rápida? Mujeres.

El consejero sonríe.

WESTRAY: Ya sé. Pero el tiempo no se detendrá, consejero. Es eterno. Y todo lo que existe desaparecerá antes o después. Para siempre. Llevándose consigo todas las explicaciones que hayan podido inventarse al respecto. Desde Newton y Einstein hasta Homero y Shakespeare y Miguel Ángel. Hasta la última imperecedera creación humana. Eso del arte, la poesía, la ciencia... es menos consistente que el humo. Alles Vergänglichliche ist nur ein Gleichnis, como decía Goethe. Todo lo perecedero no es más que una metáfora. Platón pasado de rosca. ¿Metáfora de qué? ¿Es cierto eso? Me temo que se te van a poner los ojos decididamente vidriosos, consejero. Lo que se deduce de esto, según lo veo yo, es que aquello de «Aprovecha el momento» no acaba de funcionar. Lejos de mi intención desarrollar el tema, pero lo único que en el fondo debería preocuparnos es la angustia de nuestros compañeros de viaje en este tren con destino al infierno. Yo tengo mucho de que dar cuentas, lo sé perfectamente. Y quizá seré un hijo de la gran puta, pero no soy ningún hipócrita. Ayudemos a Tom Gray a levantarse del suelo. Es un simple granito de arena, pero mejor eso que nada. Bien. ¿Preparado?

Fuera del bar.

WESTRAY: ¿Dónde tienes el coche?

CONSEJERO (*señalando su Bentley*): Es ése de ahí.

WESTRAY (*mirando a su alrededor*): Menudo barrio. Tienes suerte de que no te lo hayan robado. Bueno. Cuídate, ¿vale?

El consejero se despide con un gesto de la mano y cruza la calle. Westray lo ve alejarse.

WESTRAY: Consejero.

El consejero se vuelve.

WESTRAY: Tú sabes por qué Jesucristo no nació en México, ¿verdad?

CONSEJERO: No. ¿Por qué?

WESTRAY: Porque no hubo forma de encontrar una virgen. Ni a tres hombres justos que hicieran de reyes magos.

El consejero meneaba la cabeza y sigue su camino.

WESTRAY: Consejero.

El consejero se vuelve otra vez.

WESTRAY: Ahí va otra idea, para que la medites. ¿Eso de las decapitaciones y las mutilaciones? Forma parte del negocio. Hay que mantener las apariencias, ¿entiendes? No responde a ningún tipo de ira soterrada ni nada parecido. Pero a ver si adivinas a quién les gustaría matar en realidad.

CONSEJERO: Ni idea. ¿A quién?

WESTRAY: A ti, consejero. A ti.

Una pequeña y espartana sala de reuniones para abogados y sus clientes en la prisión estatal de mujeres en Texas. Sin ventanas. Una mesa y dos sillas. El consejero está de pie junto a la mesa, rebuscando entre los documentos que lleva en su cartera. Se abre la puerta y una guardiana hace entrar a una mujer con uniforme carcelario y sale cerrando la puerta. La reclusa es una atractiva mujer de cuarenta y pocos años.

CONSEJERO: Qué tal.

RUTH: ¿Ha traído cigarrillos?

CONSEJERO: Sí.

Hunde la mano en su cartera y saca un cartón de tabaco y se lo pasa a ella, y la mujer se sienta y empieza a abrir el cartón.

CONSEJERO (*disponiendo sus carpetas sobre la mesa*): Sé que utiliza eso para hacer trueque, pero sigo sin entender qué es lo que recibe a cambio.

RUTH (*abriendo un paquete y sacando un cigarrillo*): Más vale que no lo sepa.

CONSEJERO: ¿La tratan bien?

RUTH: Oh, sí. De coña.

CONSEJERO: Tiene una vista preliminar el día diecisiete. ¿Qué talla de vestido usa?

RUTH: Una treinta y siete.

CONSEJERO: ¿Zapatos?

RUTH: *Lo mismo.*

CONSEJERO: ¿Un treinta y siete?

RUTH: Sí.

CONSEJERO: ¿Sombrero?

RUTH: ¿Qué?

CONSEJERO: De sombrero. Qué talla.

RUTH: Y yo qué sé qué talla tengo de sombrero. Joder. ¿Para qué necesito yo un sombrero, si se puede saber? Se está cachondeando de mí.

CONSEJERO: Sí.

RUTH: Muy listo. Por un momento casi me lo trago. (*Enciende un pitillo con un encendedor y levanta la cabeza y expulsa el humo*). ¿Me va a traer ropa sexy?

CONSEJERO: No.

RUTH: Quiere que vaya con pinta de institutriz o así.

CONSEJERO: ¿Qué tal de mujer de negocios?

RUTH: Sí. Menudo negocio.

Se echa hacia atrás en la silla y exhala un chorro de humo hacia la mesa. El consejero lo aparta moviendo la mano a un lado y a otro. Retira la silla y se sienta.

CONSEJERO: Adelante.

RUTH: Usted no cree que en esta sala haya micrófonos pero no lo sabe con certeza, ¿verdad?

CONSEJERO: Expresado de esa manera, no.

RUTH: No se me ocurre otra.

CONSEJERO: ¿Qué era lo que quería decirme?

RUTH: Han metido a mi hijo en la cárcel.

CONSEJERO: Vaya por Dios. ¿Dónde está?

RUTH: En Fort Hancock.

CONSEJERO: Fort Hancock.

RUTH: Sí.

CONSEJERO: ¿Qué estaba haciendo en Fort Hancock?

RUTH: Venía a verme a mí.

CONSEJERO: ¿Y por qué lo han encerrado?

RUTH: Por exceso de velocidad.

CONSEJERO: ¿Exceso de velocidad?

RUTH: Eso.

CONSEJERO: ¿No podía pagar la multa?

RUTH: No. Llevaba doce mil dólares encima pero se los quitaron.

CONSEJERO: ¿Y adónde iba con tanto dinero?

RUTH: Ya se lo he dicho. Venía a verme.

CONSEJERO: ¿Cómo se ha enterado de todo eso?

RUTH: Me ha llamado él.

CONSEJERO: ¿De qué más le acusan?

RUTH: No sé. Cosas. Imprudencia temeraria o algo por el estilo. Pero dice que eso se

lo endilgaron porque conducía muy rápido.

CONSEJERO: ¿Cuánto de rápido?

RUTH: Dos cero seis.

CONSEJERO: ¿Dos cero seis?

RUTH: Sí.

CONSEJERO: Eso no es una velocidad. Dos cero seis...

RUTH: No ha querido explicármelo. Solo me ha dicho eso.

CONSEJERO: Quizá podría ser una hora. Las dos y seis minutos. Pero ¿cómo iba a ir a doscientos seis millas por hora? ¿Conduciendo qué?

RUTH: Esa moto japonesa que tiene.

CONSEJERO: Cielo santo.

RUTH: Si consigue usted que le devuelvan el dinero a mi hijo, él pagaría la multa y podría salir.

CONSEJERO: ¿De dónde sacó ese dinero?

RUTH: No lo sé.

CONSEJERO: Pues ahí está el problema.

RUTH: ¿Qué problema?

CONSEJERO: Si uno lleva encima más de diez mil dólares, ese dinero pertenece al gobierno.

RUTH: ¿Ah, sí? ¿Y por qué?

CONSEJERO: Porque lo dicen ellos. Si no puedes explicar de dónde lo sacaste, se lo quedan. Y aunque lo lógico sería que uno pudiera conservar lo que no pasa de diez mil y que el gobierno se quedara el sobrante, ellos no piensan así.

RUTH: O sea que no va a recuperar el dinero.

CONSEJERO: No.

RUTH: Pues qué manera de quitarle dinero a la gente.

CONSEJERO: Sí, ya. Bienvenida a Estados Unidos. Dígame, ¿a cuánto asciende la multa?

RUTH: A cuatrocientos dólares.

CONSEJERO: Santo Dios.

RUTH: Usted no podría ponerlos, ¿verdad?

CONSEJERO: ¿Qué? ¿Cuatrocientos dólares?

RUTH: Sí.

CONSEJERO: De acuerdo.

RUTH: De acuerdo ¿qué?

CONSEJERO: Que sacaré a su hijo.

RUTH: ¿En serio?

CONSEJERO: Sí.

RUTH: ¿De verdad de verdad?

CONSEJERO: De verdad. Sí.

RUTH: Gracias. Le debo una.

CONSEJERO: Desde luego.

RUTH: ¿Le parece bien una buena mamada?

CONSEJERO: Aún me seguiría debiendo trescientos ochenta.

RUTH: Anda que no es listo, el abogado.

CONSEJERO: Ya lo sé. Consigues sacar lo mejor de mí mismo, Ruthie. Alegra esa cara.

RUTH: No me llame así. Odio ese nombre. Y Ruth tampoco es que me guste.

Un puesto de inspección en la interestatal 10. Vehículos de diversas clases avanzan a paso de tortuga. El agente de la patrulla de fronteras hace pasar unos cuantos coches, para un camión y habla con el conductor y le dice que continúe. El camión cisterna de aguas residuales se detiene a su altura y el conductor saluda con un cabeceo y una sonrisa.

CONDUCTOR: ¿Cómo va eso?

AGENTE (*poniendo cara de pocos amigos*): Muy bien. Llévase este trasto de aquí.

CONDUCTOR: A la orden.

El camión arranca y enfila la autopista. El conductor cambia de marcha. De repente se ha puesto sumamente serio.

Apartamento del consejero. De noche. Él está sentado en su butaca de piel con una copa en la mano, hablando por teléfono.

CONSEJERO: Ya lo sé. Solo quería oír tu voz.

Claro. Te echo mucho de menos.

No sigas por ahí...

(*Se ríe entre dientes*). ¿Que desbordas salud sexual?

No, qué va. Me encanta.

Sí. Mucho. Un montón.

No habrás estado tomándote libertades con tu persona, ¿verdad?

(*Sonriendo, riendo casi*). ¿No podrías tocártelo con una borla de maquillar?

Es demasiado aburrido.

Me despertaba a cada momento pensando que estabas a mi lado. Las sábanas olían a ti. Tuve una erección tan tremenda que para darme la vuelta no me quedó más remedio que levantarme de la cama.

Sí.

En el aparcamiento del aeropuerto.

Pues claro.

¿Si supe que lo harías conmigo? Naturalmente.

No sé. Pensé que sería excitante.

Como en el instituto. Sí.

Recuerdo que te pregunté si te encontrabas bien. Porque resollabas como una asmática.

Claro que me acuerdo. Dije: Ven, deja que te ayude a quitarte esa ropa mojada. Y luego te bajé las bragas.

Sí.

Mmm...

Madre mía.

Oye, ¿esto es sexo por teléfono?

Ya sé.

La vida es estar en la cama contigo. Todo lo demás es simple espera.

Sí.

Te quiero muchísimo.

Sí.

Lo mismo digo.

Buenas noches.

Apoya el teléfono en su regazo e inclina la cabeza hacia el respaldo con los ojos cerrados.

Reiner y el consejero en un club nocturno vacío. Al caer la tarde.

REINER: Visto a la fría luz del día un sitio así parece bastante cutre. En el fondo todo es iluminación. Iluminación y música. Pones aquí una buena iluminación y un poco de música y unas cuantas chicas guapas y de repente es como si estuvieras en otro mundo.

CONSEJERO: ¿Cuándo calculas tú que será?

REINER: Dentro de dos semanas. Máximo tres.

CONSEJERO: Vas a conservar la pista de baile.

REINER: Sí. Una pista ocupa mucho espacio, pero cuando tienes música y baile en vivo el local cambia como de la noche al día. Con las entradas no se gana mucho, pero siempre puedes cobrar más cara la consumición. Más que nada es otra onda. ¿Ligarte a una chica en un bar a base de palique? Eso es misión casi imposible. Pero si le pides para bailar, bueno, ella no querrá que la tomes por una furcia. Es más fácil que ligués. Si está sentada a la barra se supone que te mandará a tomar por culo. Conoces a Peterson, ¿verdad?

CONSEJERO: Sí, claro.

REINER: ¿Sabías que habla portugués?

CONSEJERO: No tenía ni idea.

REINER: Su madre era brasileña. Se crio aquí, pero toda su familia era de Brasil. Total, un día aparece un primo de Peterson y el tipo no hablaba más de cuatro palabras de inglés. Si llega. De eso hará unos tres años. Estábamos todos aquí un sábado por la noche y el primo le pregunta a Peterson cómo se dice «Me concede este baile», pero nosotros, que lo oímos, hacemos callar a Peterson y le explicamos al primo brasileño cómo tiene que decirlo. A ver, repite: Quiero comerte el coño. Y vamos puliendo su pronunciación hasta que lo dice más o menos bien. Quiero comerti el conio. Y le animamos a probar. Resulta que el tipo es apuesto y elegante. Va todo trajeado y eso. Total, que se planta delante de una chica despampanante y le suelta: Quiero comerti el conio. Uf. De repente se hace el silencio en la mesa aquella y la chica le mira y le pregunta: ¿Qué has dicho? Y él, claro, se lo repite. Previa pequeña reverencia. Quiero comerti el conio. Ella se lo queda mirando un minuto seguido y luego se inclina un poco y ve que al fondo hay tres tíos cagándose de risa y dándose palmadas en las piernas de puro recochineo, y entonces se levanta y agarra de la mano al brasileño y le dice algo así como: Pues mira, tío, hoy es tu noche de suerte. Y va y se lo lleva a un monovolumen Mercedes que está aparcado fuera y le mete un polvo que no veas. El primo tarda una hora en volver. No sabemos qué cojones estará pasando. Pero todo lo que el tipo ha oído contar de las norteamericanas es verdad. Al final vuelven a entrar los dos y ella lo morrea allí mismo y mira hacia nuestra mesa para asegurarse de que estamos observando y nos lo manda de vuelta. No veas. Y nosotros que no nos lo acabamos de creer. Peterson intenta hacer que se lo explique y el primo venga a farfullar y a poner los ojos en blanco, y nosotros ¿Qué dice?, ¿qué dice? Al final va saliendo todo. Si te digo que nos quedamos estupefactos me quedo corto. Aquel tío no podía estar contando una trola. Miramos hacia la chica que está al otro lado de la pista y ella nos manda un besazo. Qué tía. Y nosotros allí de pasta de boniato. Queremos saber todos los detalles, claro, y el cabrón de Peterson nos lo va explicando con cuentagotas. Y sí, parece que ha sido un completo. Mamada. Polvazo. Nos quedamos mirándonos los unos a los otros. Entonces Peterson se levanta, nos mira y dice: Voy a probar. Y allá que va. Se acerca a otra de las mesas. Hay una chica

sola, guapísima, y Peterson hace la reverencia de rigor y le informa de que quiere comerle el conio. Y justo en ese momento, claro, el marido de la chica vuelve del servicio, el tío mide como tres metros y pico, y se planta detrás de Peterson. La chica dice: ¿Por qué no repites lo que acabas de decirme? En fin, para abreviar, el gigante le atiza con tal fuerza que Peterson sale despedido de espaldas sobre la pista de baile con los brazos a los costados y acaba chocando contra la pared y con la cabeza debajo de una silla y allí se queda. Tieso como un muerto. Tan fuerte le arrea el tío aquel que a Peterson le han saltado los mocasines de los pies. Los mocasines siguen junto a la mesa. Peterson está medio fiambre tirado en el suelo con la cabeza bajo una silla y en calcetines. Sí, ya sé qué estás pensando. Que el tipo agarra a su mujer y tira unos billetes a la mesa y luego se largan, ¿eh? Pues no. El tipo se sienta, hace crujir los dedos y pide otra consumición. Como si eso le ocurriera todos los días. Llega una ambulancia y meten al pobre Peterson dentro y se lo llevan al hospital. Conmoción cerebral, la mandíbula rota. Y sus mocasines al lado de la mesa.

CONSEJERO: Santo Dios. Y vosotros, ¿qué?

REINER: Nada. Nos largamos de allí. Suficiente diversión para una noche. Alguien, no sé quién, dijo que iba a buscar los mocasines de Peterson, pero a mí no me pareció muy buena idea. En fin. La otra cosa que come mucho espacio es el estrado para los músicos. Aquí solo tenían un jukebox. Me parece que lo que haré es tirar esa pared de ahí y eliminar el vestíbulo.

Patio de la empresa de saneamiento de fosas sépticas. Primera hora de la mañana. Los camiones cisterna van saliendo de uno en uno y el encargado los va tachando de la lista en su tablilla. Al final solo queda un camión en el patio.

Una tienda grande de motos en la ciudad. Entra un hombre y se queda allí mirando. Va hasta la tarima motorizada donde una Kawasaki ZX-12 gira lentamente en círculo. La tarima está delimitada por una cuerda de fieltro azul. El hombre se acerca y se queda mirando un momento la motocicleta, descuelga la cuerda y la deja caer al suelo y sube a la tarima y gira lentamente con ella. Un empleado que está hablando con un cliente lo ve.

EMPLEADO DE LA TIENDA: Disculpe un segundo.

El empleado va hacia la tarima. El hombre subido a ella ha sacado del bolsillo de su

chaqueta una cinta métrica metálica y está midiendo la altura de la Kawasaki hasta el manillar.

EMPLEADO DE LA TIENDA: ¿Necesita ayuda, señor?

HOMBRE DE LA CINTA MÉTRICA (*examinando la moto mientras la cinta va subiendo hasta quedar de nuevo enrollada. Chasquea los labios*): No. Ya he terminado.

Baja de la tarima giratoria y se guarda la cinta métrica en el bolsillo y va hacia la salida. El empleado se agacha y coge la cuerda y engancha de nuevo el extremo en el soporte y vuelve la cabeza y ve salir al hombre.

Iglesia, interior. Cinco mujeres alineadas junto a la pared del fondo de la nave esperando para confesarse. Hay hispanas y hay anglos. La primera de la fila es Malkina, que viste ropa informal pero a la moda. La mujer que está en el confesionario retira la cortinilla y sale con la cabeza gacha. Malkina entra en el confesionario.

MALKINA: Hola.

SACERDOTE: ¿Hola?

MALKINA: Ay. Perdóneme, padre, porque he pecado.

Silencio.

SACERDOTE: ¿Cuánto hace que no te confiesas, hija?

MALKINA: Nunca lo había hecho. Es la primera vez.

SACERDOTE: ¿Eres católica?

MALKINA: No.

SACERDOTE: ¿Y qué haces aquí?

MALKINA: Quería confesarme.

SACERDOTE: ¿Has hecho esto alguna vez?

MALKINA: No. Ya se lo he dicho.

SACERDOTE: Yo no puedo darte la absolución, hija. Aunque lo hicieras. Confesarte, me refiero. No podrías recibir el perdón.

MALKINA: No, si eso ya lo sé. Solo quiero contarle a alguien lo que he hecho y he pensado que lo mejor sería un profesional.

SACERDOTE: Quizá deberías aprender la doctrina.

MALKINA: Siempre fui mala estudiante.

SACERDOTE: Si quieres ser católica, quiero decir. Te enseñarían el catecismo.

Aprenderías qué es la fe y lo que significa. Así luego podrías confesarte y tus pecados te serían perdonados.

MALKINA: ¿Usted cómo lo sabe?

SACERDOTE: ¿Qué?

MALKINA: Y si fueran imperdonables, ¿qué haríamos?

SACERDOTE: No hay nada que sea imperdonable.

MALKINA: ¿Ah, no? ¿Qué es lo peor que le hayan contado?

SACERDOTE: Eso es algo que en ningún caso estaría autorizado a decir. El sacerdote jamás puede revelar nada de lo oído en confesión.

MALKINA: Tuvo que ser muy gordo, entonces. A ver, yo no he matado a nadie pero he sido bastante mala. Me parece. No lo sé muy bien porque de normas no entiendo mucho.

SACERDOTE: ¿De dónde eres?

MALKINA: De Buenos Aires. ¿Y usted?

SACERDOTE: ¿Perdón?

MALKINA: Que de dónde es usted.

SACERDOTE: De Phoenix. Arizona.

MALKINA: Sé dónde está. ¿Alguna vez sale con chicas?

SACERDOTE: No. Por supuesto que no.

MALKINA: ¿Y con chicos?

SACERDOTE: Tampoco. Qué es lo que querías contarme.

MALKINA: ¿Y si yo hubiera hecho algo realmente malo? Si hubiera matado a alguien, por ejemplo. ¿Llamaría usted a la policía?

SACERDOTE: No.

MALKINA: He matado a alguien.

SACERDOTE: Antes has dicho que no. Mira, lo siento, pero hay gente esperando para confesarse.

MALKINA: Que esperen. No les pasa nada. Quiere que me largue porque no soy católica, pero ¿y si le dijera que sí lo soy? Tampoco es que haya un carnet, ¿verdad?

SACERDOTE: ¿Con quién has hablado de esto?

MALKINA: ¿Por qué dice si he hablado con alguien?

SACERDOTE: Has dicho «Perdóneme, padre...».

MALKINA: Le pregunté a una amiga. Pero ella no sabía que yo iba a venir. Le pregunté si los no católicos también podían confesarse y ella me dijo que no.

SACERDOTE: Pero decidiste no creerla.

MALKINA: Qué va. Sí que la creí. Pero quería comprobar qué pasaría.

SACERDOTE: Bien. Entonces hemos terminado, ¿no?

MALKINA: Aún no le he dicho mis pecados.

SACERDOTE: Pero yo no quiero oírlos. No tendría ningún sentido. ¿Estás bautizada?

MALKINA: No sé. Es posible.

SACERDOTE: ¿Tus padres nunca te lo han dicho?

MALKINA: A mis padres no llegué a conocerlos. Los tiraron al mar desde un helicóptero cuando yo tenía tres años. Oiga, usted olvídense de lo del perdón y eso. Solo tiene que escuchar. Mis pecados, quiero decir. Si me apura puede hacer como que le estoy mintiendo. Suponiendo que no le guste lo que oye.

SACERDOTE: ¿Por qué habrías de mentirme?

MALKINA: No, si no le mentiría. Pero usted podría hacer como que sí. A lo mejor yo quería ser muy mala pero no tuve las narices para serlo. O sea que me inventé cosas. Las mujeres le hablan de sexo, ¿verdad?

SACERDOTE: No puedo comentar nada al respecto.

MALKINA: Ya, pero toda mujer que viene a confesarse le dirá que es adúltera o fornicadora o algo parecido. Si no, ¿para qué iba a venir? Las únicas mujeres que no se confiesan son las que no hacen nada malo. Seguro que tiene una idea bastante peculiar de las mujeres. Pensará que se pasan el tiempo haciendo cosas en la cama. Que solo se dedican a eso. En fin, lo que digo es que algunas mujeres quizá se inventan cosas guarras cuando vienen a verle solo para provocarlo. Eso podría ser, ¿verdad?

SACERDOTE: No.

MALKINA: Pero no puede saberlo. Imagine que le digo que tuve sexo con mi hermana. ¿Eso lo creería?

SACERDOTE: Te ruego que te marches.

MALKINA: Pues es verdad. Lo hacíamos todas las noches. En cuanto apagaban las luces, nos liábamos. Al día siguiente, en el colegio, nos dormíamos sobre el pupitre. Nadie sabía qué nos pasaba. Pero eso no es lo peor. Oiga, ¿adónde va?

El sacerdote corre la cortina y sale del confesionario. Malkina, todavía de rodillas, se vuelve y aparta la cortina. El sacerdote se aleja a toda prisa por la nave mientras va santiguándose.

MALKINA (*se levanta*): ¡Eh, oiga! ¡Que no he terminado!

Las mujeres que aguardan para confesarse están perplejas, horrorizadas. Una de ellas se santigua.

Ciudad fronteriza. Cae la tarde. Terraza de una cafetería al lado de un aparcamiento.

Sillas y mesas metálicas. Tráfico rodado. Un mexicano está sentado a una de las mesas con un café delante y un periódico. El joven de verde llega en su Kawasaki ZX-12. Se quita los guantes y el casco y mete los guantes dentro del casco y se baja de la moto y va hacia donde está el mexicano y aparta una silla de un puntapié y se sienta.

En un coche aparcado hay un hombre y una chica. La chica está observando la mesa con unos prismáticos.

CHICA: No voy a poder oír lo que dice el chico. ¿Pasa algo?

HOMBRE (JAIME): Lo que diga el chico no nos importa.

Ella mira por los prismáticos y hace anotaciones en un bloc sobre una tablilla.

El hombre que está en la mesa se levanta y se va, dejando el periódico sobre la mesa. El chaval toma asiento y abre el periódico y se pone a leer.

JAIME: ¿Lo has pillado?

CHICA: Sí. Pero poca cosa.

JAIME: No pasa nada. Sigue vigilándole.

CHICA: Eso hago.

JAIME: Ese tío no ha leído un periódico en su puta vida.

CHICA: Ya.

El chaval arrastra hacia el casco un objeto que hay debajo del periódico y deja el periódico en la mesa y se levanta y con el casco bajo el brazo camina hacia su moto y pasa una pierna por encima y pone la moto en marcha con el starter. Saca los guantes del casco y los deja sobre el depósito de la moto y se pone el casco y se ajusta la correa y se pone los guantes y levanta el caballete con el pie y se incorpora al tráfico.

JAIME: ¿Has podido ver qué era?

CHICA: No, pero está en el casco.

JAIME: Claro. En el casco.

El hombre está marcando un número en su móvil.

La casa de Reiner. Malkina hablando por teléfono.

Mira, Jaime, él no tiene por qué saberlo; solo debe hacer lo que yo le diga. No. Ya está descargado. Capta la moto por encima de las cinco mil revoluciones y eso se transmite codificado en el GPS. Solo podríamos perderlo si de repente decidiera conducir superespacio y tú ya sabes lo poco probable que es eso. Llámame dentro de una hora.

Jaime y la chica en el coche aparcado. Jaime apaga el móvil y mira a la chica.

JAIME: Vámonos.

En un club de lujo. El consejero y Reiner sentados a una mesa en el rincón.

REINER: No sé. Las mujeres tienen ideas curiosas con respecto al sexo. ¿No se supone que son tan recatadas? Déjame que te cuente. Cuando se les mete en la cabeza que quieren follar son como un tren de mercancías. ¿Si he aprendido algo sobre las mujeres? Qué cojones. De la mitad preferiría olvidarme.

Toma un sorbo de su copa.

CONSEJERO: No sé si te sigo. ¿De qué preferirías olvidarte? Ponme un ejemplo.

REINER: Mejor que no te cuente.

CONSEJERO: Venga ya.

REINER: Las peores cosas no te las recomiendo.

CONSEJERO: Son las que me interesan.

REINER: No las peores de las peores.

CONSEJERO: Suéltalo de una vez, Reiner.

REINER: No sé. Cambiemos de tema.

CONSEJERO: ¿Te estás quedando conmigo? ¿De qué tema?

REINER: Mira, no sé. No debería contarte esto.

CONSEJERO: Tú ponte cómodo y habla. ¿Qué es lo que te gustaría olvidar?

REINER: Está bien. Me gustaría olvidarme de Malkina follando a mi coche.

CONSEJERO: ¿Qué?

REINER: ¿Lo ves?

CONSEJERO: Repite lo que acabas de decir.

REINER: Que me gustaría olvidarme de Malkina follando a mi coche. Creo.

CONSEJERO: ¿De qué mierda estás hablando?

REINER: Tú te acuerdas del 328 que tuve hace tiempo.

CONSEJERO: Claro. Buen coche.

REINER: Muy bueno. No llevaba motor V12 pero sí era mejor coche que el 308. Lo cual tratándose de un Ferrari es una vergüenza. Westray tuvo uno y decía que corría menos que un caracol con diarrea. La metáfora es suya. Si es que es una metáfora. Da igual. Fue hace bastante tiempo. Bueno, tampoco tanto. Llevábamos un tiempo liados y una noche volvimos a Cloudcroft; estábamos hospedados allí, más que nada por ese

estupendo tramo de carretera entre Cloudcroft y Ruidoso. Fuimos en coche hasta el campo de golf y aparcamos y estábamos charlando y de repente, sin que viniera a cuento, ella levanta el trasero y se quita las bragas y me las da y se baja del coche. Yo le pregunto que qué hace y ella dice: Me voy a follar a tu coche. No veas. Me dice que deje la puerta abierta. Era para que estuviese encendida la luz cenital. Entonces va y se sube al capó del Ferrari y se levanta el vestido hasta las caderas y se abre de piernas pegada al parabrisas, delante de mí, sin bragas y luciendo ese rasurado brasileño que se había hecho hacer. Y la tía empieza a restregarse contra el cristal. Oye, que no me invento nada. A fin de cuentas en su país ella era bailarina, ¿no? Había actuado en el teatro de la ópera, en Argentina. Lo sé porque he visto recortes de prensa. Total, está allí subida haciendo el spagat y venga a frotarse con el parabrisas y tiene la mitad de arriba apoyada en el techo del coche y entonces se asoma por un lado para ver si yo la estoy mirando. Hombre, no iba a estar leyendo emails. Me hace un gesto para que baje la ventanilla y mete la cabeza y me da un beso. Boca abajo. Y luego me dice que está a punto de correrse. Y yo pensé Hostia, me estoy volviendo majara por momentos. Eso es lo que pasa. Parecía un siluro o qué sé yo. ¿Sabes esos peces de los acuarios que van subiendo desde el fondo pegados al cristal, chupando todo lo que encuentran? Pues igual. No sé. Fue absolutamente... alucinante. Ver una cosa así te cambia la vida.

CONSEJERO: Cielo santo.

REINER: Dímelo a mí.

CONSEJERO: ¿Y llegó?

REINER: ¿Cómo que si llegó?

CONSEJERO: Si se corrió.

REINER: Ah. Sí, claro. Se quedó allí espatarrada sobre el parabrisas. Y luego se baja del coche y da la vuelta y monta y cierra la puerta, yo le paso las bragas y ella las guarda en el bolso y me lanza una miradita. Como para saber qué pensaba yo. ¿Que qué pensaba? Joder. Pues ni idea. No lo supe entonces y no lo sé ahora. Fue demasiado ginecológico para ser erótico. Por poco. Aunque más que nada yo estaba patitieso. No sé, a lo mejor estaba pensando en el cuero.

CONSEJERO: ¿Qué cuero?

REINER: El cuero de los asientos. Donde ella se había sentado, hombre. A ver, el coche solo tenía dos semanas. Al final le pregunté si eso lo había hecho otras veces y ella dijo que eso y todo lo demás. Por supuesto. Total, arranco y al encender las luces veo el parabrisas todo pringado y yo sin nada con que limpiarlo y ella cómo no me sugiere que pase la lengua. Probé los limpias pero como es lógico la cosa esa que escupe líquido no funciona porque los italianos en el fondo pasan de eso. Al final me quité los calcetines y bajé del coche y me puse a limpiarlo.

CONSEJERO: ¿Siluro, eh?

REINER: No sé. Sí, me parece.

CONSEJERO: ¿Tú crees que ella sabía el efecto que eso podía tener en un tío?

REINER: ¿Tú estás de broma, consejero? Ella lo sabe todo. Todo.

CONSEJERO: ¿Y no te parece que es una cosa rara de contar?

REINER: Y tan rara.

CONSEJERO: No, me refiero a que por qué tenías que explicármelo a mí. Yo conozco a esa mujer. ¿Encuentras normal contar una cosa así de alguien...?

REINER: ¿De alguien a quien me tiro?

CONSEJERO: Vamos, Reiner.

REINER: No sé. Tienes razón, supongo. Quizá quería ver cómo reaccionabas. Quizá en el fondo hay algo más. Quizá estoy asustado.

CONSEJERO: ¿Asustado tú?

REINER: Sí. Puede. Sí. Ella a veces me acojona.

CONSEJERO: ¿Por eso que me has contado?

REINER: No solo por eso.

CONSEJERO: Estás enamorado de ella.

REINER: Yo ya no sé nada. Sí. Supongo que estoy enamorado. ¿No te parece un motivo de preocupación? Es como estar enamorado de... no sé. ¿De la muerte plácida? Al carajo. En serio. Olvida todo este rollo, consejero.

CONSEJERO: Es que no sé muy bien qué es lo que tratas de decirme.

REINER: Ya lo sé.

CONSEJERO: ¿Esto tiene algo que ver con la transacción?

REINER: No lo sé. Es verdad. No debería habértelo contado. Olvídalo.

CONSEJERO: Que lo olvide.

REINER: Sí.

CONSEJERO: ¿Y cómo me propones que lo haga?

REINER: No lo sé. Joder, consejero. Yo qué sé.

Malkina en su dormitorio. Ella sentada en bata delante del fuego, los guepardos a sus pies sobre la alfombra. Está escuchando por teléfono.

LAURA: No. Es que he soñado contigo. Y al despertarme no conseguía recordar por qué era un sueño tan inquietante a pesar de que sí me acordaba del sueño. Solo te llamaba para ver si estabas bien.

MALKINA: ¿Eres supersticiosa?

LAURA: Creo que no. O no más que la colmadera de la esquina.

MALKINA: ¿Y quién es ésa?

LAURA: ¿Cómo?

MALKINA: La colmadera de la esquina. No serás lesbiana, ¿verdad?

LAURA: Claro que no. Creo que no debería haberte llamado. Ya sé que me consideras una ingenua. Pero ¿tan malo es eso?

MALKINA: No soy la indicada para aconsejarte.

LAURA: Ya lo sé.

MALKINA: Debes tener cuidado con lo que deseas, muñeca. Puede que no lo consigas.

LAURA: Ya lo sé.

MALKINA: ¿De veras?

LAURA: Sí. De veras.

Una carretera de dos carriles en pleno desierto. Noche. Pasa un automóvil y las luces se pierden por la larga recta hasta desvanecerse. Un hombre sale de entre los cedros enanos que hay a ambos lados y se planta en mitad de la calzada y enciende un cigarrillo. Lleva al hombro un rollo de alambre trenzado fino. Camina hasta el cercado. Uno de los postes tiene incrustado un largo tubo metálico en cuya parte superior —a unos seis metros del suelo— hay un foco. El hombre pulsa el botón de un pequeño sensor de plástico y el reflector se enciende, iluminando la calzada y el rostro del propio hombre. Lo apaga y camina un centenar de metros siguiendo el cercado hasta la esquina del mismo, tira al suelo el rollo de alambre y se saca una linterna del bolsillo de atrás y la sujeta con los dientes y coge los guantes de piel que lleva remetidos en el cinto y se los pone. Luego enrolla el alambre alrededor del poste de la esquina, pasa el extremo por dentro de la lazada y lo enrolla seis veces en torno al propio alambre y remete el extremo varias veces por el interior de la lazada y agarra el alambre con ambas manos y lo tensa al máximo. Luego coge el rollo y empieza a soltar alambre a medida que va cruzando la carretera. Al otro lado, entre los cedros, hay un camión con la plataforma encarada a la carretera. El hombre sigue andando hasta el camión y se vuelve y tensa el alambre y luego ilumina todo el tramo con su linterna. En el lado derecho posterior de la plataforma hay un tubo de hierro montado verticalmente sobre un par de abrazaderas para que pueda moverse arriba y abajo. El hombre pasa el alambre por un agujero en el tubo y estira e impide que el cable se escurra hacia atrás afianzándolo con unos alicates de sujeción. Luego vuelve a la carretera y con la cinta métrica que lleva prendida del cinturón mide la altura del alambre respecto a la calzada. Vuelve al camión y baja un poco el tubo de hierro y lo afianza de nuevo mediante una palanca roscada girándola a mano contra el vástago vertical. Regresa al asfalto y mide otra vez la altura del

alambre. Vuelve, pasa el extremo del alambre por una gruesa anilla de 75 milímetros y luego va a la parte delantera del camión y tensa el alambre y lo enrolla sobre sí mismo para que la anilla quede fija y por último ensarta la anilla en un gancho empotrado en el larguero de la plataforma. Se lo queda mirando. Pulsa el alambre con los dedos. Se oye una nota grave y resonante. Desengancha la anilla y camina con el cable hacia la trasera del camión hasta que queda flojo en el suelo y en la calzada. Deja la anilla sobre la plataforma y va hasta la cabina del camión y saca un walkie-talkie de una pequeña bolsa de herramientas y se queda escuchando. A la luz cenital de la cabina consulta la hora en su reloj.

HOMBRE DEL CABLE: ¿Algo?

VOZ (masculina): Ya viene.

HOMBRE DEL CABLE: Estás a trece kilómetros.

VOZ: Sí.

HOMBRE DEL CABLE: O sea menos de tres minutos.

VOZ: Sí. Exactamente dos minutos y veinte segundos.

HOMBRE DEL CABLE: ¿Se le oye?

VOZ: Todavía no.

Esperan.

VOZ: Ahí llega.

HOMBRE DEL CABLE: Sí. Le oigo. Bien. Manos a la obra.

Cuelga el walkie-talkie y se saca el cigarrillo de la boca y lo aplasta contra el suelo y cierra la puerta del camión. Mira la hora. A lo lejos empieza a oírse el chillido agudo del motor de la Kawasaki a once mil revoluciones por minuto.

Plano del motorista verde agachado sobre su máquina conduciendo a trescientos kilómetros por hora. De pronto el reflector se enciende y el motorista se incorpora y gira la cabeza para mirarlo.

El camión. El desierto se ha iluminado súbitamente al norte de donde está el hombre del cable. Este coge la anilla y estira y la ajusta en el gancho. El alambre zumba, tirante.

Plano del motorista verde con la cara vuelta hacia el reflector, ahora a su espalda. De pronto la cabeza sale volando y con casco y todo va dando botes siguiendo la estela de la Kawasaki. La moto continúa su camino hasta que el motor pierde brío y finalmente enmudece, y a lo lejos se ve un reguero de chispas perdiéndose en la oscuridad.

El camión. El hombre corta el alambre a la altura del gancho con unos alicates y el cable sale disparado. Va hasta la carretera con el walkie-talkie. Una vez allí

ilumina el asfalto con su linterna y luego echa a andar por el margen hasta que encuentra el casco.

HOMBRE DEL CABLE (por el walkie-talkie): *Todo bien. Sí. Cambio y cierro.*

Guarda el walkie-talkie y se agacha para recoger el casco. Pesa una barbaridad. Vuelve al camión y abre la puerta del lado del conductor y deja el casco en el suelo de la cabina y cierra la puerta. Sale de nuevo a la carretera y va hasta el cercado y corta el alambre enrollado alrededor del poste y empieza a recogerlo sobre la marcha, pasándose el alambre por encima del codo para hacer una bobina con él. Una vez en el camión guarda el alambre en una caja de herramientas bajo la plataforma y se pone al volante. Arranca y enciende las luces y sale a la carretera.

Desierto. Noche cerrada. En el cercado el hombre está desmontando el reflector. Desconectando los cables. El vástago está hecho con secciones de poste de alambreada galvanizado de 42 milímetros que encajan la una en la otra. Deja las secciones sobre la plataforma del camión y guarda las piezas pequeñas en la caja de herramientas bajo la plataforma.

Desierto. Noche cerrada. El camión arranca y pasa junto al cuerpo sin cabeza tendido en el asfalto. Luego se detiene. El hombre se asoma a la ventanilla del camión, mira el cuerpo, da marcha atrás y se apea. Agarra el cadáver por los pies y lo arrastra hasta la cuneta y luego se sacude las manos en el pantalón y vuelve a montar y el camión se aleja por la carretera.

Celda en el corredor de la muerte. Penitenciaría del estado, Texas. Ruth despierta y se queda mirando el techo. Se incorpora y aparta la sábana y se sienta en el borde del catre con las manos entrelazadas.

Entrada principal de la empresa de limpieza de fosas sépticas. El camión plataforma se detiene y el hombre del cable se apea y cierra la puerta. Lleva en una mano un disco abrasivo a pilas. Mira hacia la carretera por donde ha venido y ve acercarse una luz. Un solo faro. Ruido de motocicleta. La moto se detiene y el motorista se apea del vehículo y baja el caballete y el del cable va hasta la verja, conecta el disco abrasivo y se agacha para cortar el candado. Un haz de chispas ilumina la zona circundante y al cabo de unos veinte segundos el candado cae al suelo. El hombre abre la verja empujando hacia dentro y se agacha para recoger el candado y lo hace

saltar en la palma de su mano antes de arrojarlo a los arbustos.

HOMBRE DEL CABLE (*agitando la mano*): Joder, cómo quema.

El segundo hombre pasa delante y enciende una linterna.

SEGUNDO HOMBRE: ¿Tú sabes cuál es?

HOMBRE DEL CABLE: Sí. Lleva matrícula de Arizona.

El hombre del cable vuelve al camión plataforma y abre la puerta del copiloto. Coge del asiento el casco del motorista verde y saca de él un juego de llaves y un cable pasacorriente con conectores de tres colores distintos y cierra la puerta y sigue a su compañero hacia el patio donde están aparcados los camiones cisterna. El segundo hombre ha abierto ya la puerta del camión y tirado de la palanca para abrir el capó y va hasta la parte delantera y levanta el capó.

HOMBRE DEL CABLE: Pásame la linterna.

Coge la linterna e ilumina el costado del vehículo hasta que ve unos cables sueltos.

SEGUNDO HOMBRE: ¿Sabes cómo va?

HOMBRE DEL CABLE: Sí. Por colores. El rojo con el rojo, el verde con el verde. El negro con el negro. Toma. Sujeta la linterna.

Hace las conexiones y luego le pasa las llaves al otro.

HOMBRE DEL CABLE: Mira a ver si arranca.

El segundo hombre sube al camión y gira la llave en el contacto. La gira otra vez.

HOMBRE DEL CABLE: Un momento. Veo que esto lleva un interruptor. ¿Cómo se dice «esto» en mexicano?

SEGUNDO HOMBRE: Menos cachondeo, ¿vale?

HOMBRE DEL CABLE: A ver, prueba ahora.

El segundo hombre prueba de nuevo y el motor arranca. El hombre del cable baja el capó y se aparta.

El consejero está en su piso escuchando a Westray por el teléfono, sentado en su butaca.

WESTRAY: Consejero.

CONSEJERO: ¿Qué pasó?

WESTRAY: Tenemos un problema.

Silencio.

WESTRAY: ¿Sigues ahí?

CONSEJERO: Sigo. ¿Gordo, el problema?

WESTRAY: Digamos que bastante. Ahora multiplica por diez.

CONSEJERO: Puta mierda.

WESTRAY: ¿A qué hora podemos vernos mañana?

CONSEJERO: Ya es mañana.

WESTRAY: ¿A qué hora?

CONSEJERO: Las nueve.

WESTRAY: De acuerdo. Dónde.

CONSEJERO: ¿La cafetería del Coronado te parece bien?

WESTRAY: ¿Por qué no en el McDonald's? Así nos vamos acostumbrando al nuevo estilo de vida.

CONSEJERO (*en voz baja*): Dios. El Coronado. A las nueve.

WESTRAY: Hasta luego.

El consejero cuelga el teléfono y se recuesta en la butaca y se lleva una mano a los ojos.

CONSEJERO: Joder. Joder, joder y requetejoder.

Cafetería de un hotel elegante en el centro. El consejero está sentado a una mesa en el rincón y ve entrar a Westray y ve cómo pasea la mirada por el local. Luce un traje bueno, no lleva corbata. Periódico en la mano. El consejero consulta su reloj. Westray avanza en dirección a la mesa.

WESTRAY: Hola.

CONSEJERO: Buenos días.

Westray deja el periódico sobre la mesa y se sienta.

WESTRAY: ¿Has leído el periódico?

CONSEJERO: No.

La camarera les lleva dos cartas y dos vasos de agua. Conoce al consejero y flirtea un poco con él. Esperan a que ella se haya ido para continuar hablando.

WESTRAY: ¿Sabes quién es el Avispón Verde?

CONSEJERO: ¿El Avispón Verde?

WESTRAY: Sí.

CONSEJERO: Un personaje de dibujos animados.

WESTRAY: Tranquilo. El periódico tampoco lo sabe. Es un motorista.

CONSEJERO: Mierda. (*Echándose hacia atrás*). Bueno, ¿qué? ¿Está bajo custodia?

WESTRAY: En cierto modo, sí.

El consejero alcanza el periódico.

CONSEJERO: ¿Sale aquí? ¿Qué es lo que ha hecho?

WESTRAY: Tú de esto no sabes nada.

CONSEJERO (*hojeando el periódico*): ¿De qué?

El consejero se queda quieto y mira a Westray.

CONSEJERO: ¿Qué?

Westray extiende una mano como si dijera: Adelante.

WESTRAY: Ni siquiera saben quién es, te lo he dicho antes.

CONSEJERO: No llevaba encima documentación.

WESTRAY: Nada. Por no llevar, no llevaba ni cabeza. Encima.

CONSEJERO: Que no llevaba cabeza, dices.

WESTRAY: Mmm...

El consejero se pone a leer. Alza la mirada.

CONSEJERO: Pero ¿qué coño es esto? ¿Lo sabe su madre?

WESTRAY: Desde luego. Está casi convencida de que se presentarán ellos antes que la policía. El caso es que encontraron la cabeza. Sigue leyendo. Ahí donde pone que por lo visto la arrojaron desde un vehículo en marcha. Es graciosa, esa expresión: «vehículo en marcha».

CONSEJERO (*leyendo*): Virgen santísima. (*Levanta la vista*). ¿Un portavoz de la policía dice que van a seguir investigando?

WESTRAY: Espero que no hayas hecho ninguna sandez.

CONSEJERO (*aparta el periódico*): Muy bien. Qué tal si me explicas de qué va todo esto.

WESTRAY: Pensaba que quizá me lo explicarías tú. Me han llamado nuestros socios. Querían hablar contigo.

CONSEJERO: ¿Me conviene ir a hablar con ellos?

WESTRAY: Más bien no. En estos ambientes «hablar» tiene otro significado. En fin, el caso es que el difunto trabajaba para ellos. Ahora el envío ha desaparecido y lo único a lo que se pueden agarrar es a que el chaval era cliente tuyo.

CONSEJERO: ¿Cliente? No, señor. Yo solo le pagué una multa por exceso de velocidad.

WESTRAY: Mira, estoy dispuesto a creerme que no has tenido nada que ver en este asunto, pero no es a mí a quien tienes que convencer.

CONSEJERO: Pero convencer de qué, si puede saberse.

WESTRAY: De que es solo una extraña coincidencia. Porque, verás, ellos no creen en coincidencias. Les suena que existen, lo que ocurre es que nunca han visto una.

CONSEJERO: Dios mío. Entonces ¿qué ha pasado con el envío?

WESTRAY: Eso les he preguntado yo también.

CONSEJERO: ¿Y?

WESTRAY: Me han dicho: Desapareció.

CONSEJERO: ¿Desapareció? Cielo santo.

WESTRAY: Oh, sí.

CONSEJERO: Tengo que llamar a su madre.

WESTRAY: Yo no te lo recomiendo.

CONSEJERO: ¿Y eso por qué?

WESTRAY: Me ha dicho que va a hacer que te maten.

CONSEJERO: Dios bendito.

Llega la camarera.

CAMARERA: Lo siento, sea lo que sea. ¿Qué van a beber?

CONSEJERO: Cicutá.

CAMARERA: ¿Perdón?

WESTRAY: Yo tomaré zumo de naranja y café. A él tráigale un antiácido doble con una rodajita de Oxycontin.

La camarera los mira alternativamente mientras da golpecitos con el lápiz en su bloc.

WESTRAY: Perdón. Tráiganos dos cafés. Y mi zumo.

La camarera se aleja.

WESTRAY: ¿Cómo fue que la conociste?

CONSEJERO: ¿A la madre?

WESTRAY: A la madre. La madre de todas las madres.

CONSEJERO: Me designó el tribunal. Para una apelación. Los putos chanchullos de Ferguson. Oye, mira. A mí no me pueden relacionar con este asunto. ¿Qué creen ellos que iba a hacer yo con el material?

WESTRAY: Ni lo saben ni les importa. Simplemente dan por sentado que todo el mundo conoce a todo el mundo. Y es así. Tienes que pensarlo bien, consejero. Esa gente se está jugando veinte millones. ¿Sabes lo que eso significa?

El consejero se echa hacia atrás y mira detenidamente a Westray.

CONSEJERO: Piensan que estamos todos metidos.

WESTRAY: Claro.

CONSEJERO: Reiner también.

WESTRAY: Sí.

CONSEJERO (*apartando la vista*): Cielo santo.

Vuelve la camarera y deja los cafés y el zumo sobre la mesa.

CAMARERA: ¿Quieren pedir ya?

WESTRAY: No. Me parece que hemos perdido el apetito.

CONSEJERO: Todo bien, Alexis.

La camarera se aleja.

WESTRAY: ¿Alguna vez has visto una película snuff?

CONSEJERO: No. ¿Tú sí?

WESTRAY: No. ¿La verías?

CONSEJERO: Pues no.

WESTRAY: El consumidor del producto es necesario para la producción. No puedes verla sin estar involucrado en un asesinato.

CONSEJERO: Pero tú conoces a alguien que ha visto una.

WESTRAY: Sí. Me dijo que a la chica la decapitaban con un machete. Tenía unos catorce años y un encapuchado la sodomizaba y ella estaba mirando a cámara y llorando cuando la cabeza le caía de golpe.

CONSEJERO: Santo Dios.

WESTRAY: Quizá te convendría pensar en eso la próxima vez que te metas una raya.

CONSEJERO: Yo no tomo drogas.

WESTRAY: Me alegro por ti, consejero. Porque lo que de verdad no te gustaría ver es lo que le hacían después. No te pediré que utilices la imaginación porque sinceramente no creo que tu imaginación esté a la altura. Hicieron entrar a un tipo corpulento y un poco mayor, desnudo, con una erección y la cabeza cubierta con una capucha provista de aberturas para los ojos igual que los otros. Para que se lo hiciera con el cadáver desnudo y tembloroso y decapitado en medio de un menstruo desbordante. Sin olvidar que a él no le habría servido de no haber sido ella joven y guapa. Un tipo que ha pagado por eso. Bien, ¿cuánto dirías que costó? Más o menos.

El consejero mira perplejo a Westray. De repente hace una mueca y aparta la vista.

CONSEJERO: Santo Dios.

WESTRAY: Mmm...

CONSEJERO: ¿Y tú crees que eso es verdad?

WESTRAY: Yo sé que es verdad.

CONSEJERO: No puede haber gente así.

WESTRAY: Reflexiona, consejero.

CONSEJERO: Por Dio...

WESTRAY: A lo que voy, consejero, es a que quizá piensas que hay cosas que esa gente es incapaz de hacer. Pues no las hay.

El consejero fija la vista en la mesa. Westray toma un sorbo de café. El consejero levanta la cabeza y le mira.

WESTRAY: Siempre es más tarde de lo que pensamos, consejero. Yo debería haber cortado por lo sano hace mucho tiempo y aquí estoy todavía.

CONSEJERO: ¿Qué piensas hacer?

WESTRAY: ¿Yo? Largarme lo antes posible.

CONSEJERO: ¿Adónde piensas ir?

WESTRAY: Sí, hombre.

CONSEJERO: Crees que me chivaría.

WESTRAY: Consejero, esos tipos podrían hacer cantar hasta a la Virgen María si le echaran el guante.

CONSEJERO: Dios.

WESTRAY: Yo me lo veía venir desde hace tiempo. Pese a todos mis pecados sigo creyendo en un orden moral. De ti no estoy tan seguro. Y el problema no es que te vayan a trincar sino lo que puedan sacarte después. Bueno. Cuídate.

Se levanta y se marcha.

Un restaurante de lujo.

MALKINA: ¿Y cómo crees que va a terminar esto, mi capitán?

REINER: ¿Esto?

MALKINA: Sí.

REINER: Mira, no puedo tomarme en serio tu pregunta. Terminará donde haya de terminar.

MALKINA: Una de dos: o piensas que todo irá como una seda o no quieres pensar en ello en absoluto.

REINER: Porque la tercera opción no es algo que tú estés dispuesta a admitir.

MALKINA: Así es. El tercero excluido. El *tertium non datur*.

REINER: Yo qué sé, muñeca. Eres tú la que lee esas cosas, yo no.

Pausa.

Me disgusta que me impongan decisiones. Pero si las vas aplazando a la espera del máximo de información, puede ser que ocurra eso. Uno piensa que queda espacio suficiente para tomar la decisión. Y de repente ya no lo hay.

MALKINA: ¿Espacio?

REINER: Sí.

MALKINA: La codicia siempre te lleva al límite, ¿verdad?

REINER: No. No te lleva. Es que la codicia es eso.

MALKINA: Tú sabes que cuando el hacha atraviese la puerta yo ya me habré ido, ¿verdad?

REINER: Me parece justo.

MALKINA: No soy completamente desleal. Ya lo verás.

Reiner sonrío.

MALKINA: Tienes problemas.

REINER: Es probable.

MALKINA: ¿Qué es lo que quieres oír de mí?

REINER: No sé. ¿Tú qué quieres?

MALKINA: No sé. Echo de menos a las chicas.

Reiner ladea la cabeza, casi un encogimiento de hombros.

MALKINA: No sé qué decirte.

REINER: ¿Sobre las chicas?

MALKINA: No. No sobre eso.

REINER: Ya te saldrá.

MALKINA: Seguro. Pero el espacio se va agotando. Eso me consta. Ese espacio del que hablabas.

REINER: No quiero perderte. Ya está.

MALKINA: Lo sé.

REINER: ¿Tienes apetito?

MALKINA: Me muero de hambre.

La oficina de Reiner. El consejero se pasea de un lado para otro. Para y se vuelve.

CONSEJERO: Hablaste con él.

REINER: Sí. He hablado con él.

CONSEJERO: ¿Podemos ir a alguna parte?

REINER (*levantándose*): Desde luego.

CONSEJERO: Aquí dentro no me siento a gusto.

REINER: Vamos.

Mesa en una cafetería.

REINER: Eso ya me lo has preguntado.

CONSEJERO: Sí, y aún espero que me contestes.

REINER: Crees que sé algo que tú no sabes. Puede que yo piense lo mismo.

CONSEJERO: Te he dicho todo lo que sé.

REINER: ¿Qué piensas hacer?

CONSEJERO: No lo sé. ¿Y tú?

REINER: Tampoco lo sé.

CONSEJERO: Es lo que dijo Westray. Pero él sí lo sabía, ¿verdad?

REINER: Sé que tú no tienes dinero, de lo contrario no estarías en este embrollo.

CONSEJERO: Puede que no.

REINER: Bueno, vale. Yo sé por qué estoy metido. ¿Y tú?

CONSEJERO: Claro. Por lo mismo que tú. La codicia.

REINER: No creo. Te metiste en líos. Yo intenté apelar a tu codicia hace dos años. No hubo manera. Ahora es demasiado tarde. La codicia está muy sobrevalorada. Pero el miedo no.

CONSEJERO: ¿Tú qué piensas que debería hacer?

REINER: No lo sé, consejero. Ellos saben que eres tonto. Lo que no saben es hasta qué punto.

CONSEJERO: Lo dices como si eso fuera mi comodín.

REINER: Puede que lo sea.

CONSEJERO: Quizá podría hablar con ellos.

REINER: ¿Y decirles qué?

CONSEJERO: Les contaría la verdad.

REINER: Joder, consejero, eres de lo que no hay. Bueno, pues adelante.

CONSEJERO: Adelante ¿qué?

REINER: Con la verdad. Me gustaría conocerla.

CONSEJERO: Les explicaría que yo a ese chico ni siquiera le conocí. Que solo pagué una multa por exceso de velocidad para sacarlo de la cárcel.

REINER: Vale. ¿Y cómo fue que él te contrató?

CONSEJERO: No me contrató. Quise hacerle un favor a su madre.

REINER: Vale. ¿Y cómo fue que conociste a su madre?

CONSEJERO: Me designaron para representarla en una apelación sobre un caso de asesinato. Mató a su marido. El padrastro del chaval.

REINER: ¿Sabías cómo se ganaba la vida el chico?

CONSEJERO: No.

REINER: Pero ahora sí que lo sabes.

CONSEJERO: Sí. Ahora sí.

REINER: ¿Le importaría decirle al tribunal qué clase de ocupación era ésa?

CONSEJERO: ¿Desde cuándo estoy ante un tribunal?

REINER: Perdona. Quizá me he avanzado a los acontecimientos.

CONSEJERO: Muy gracioso.

Reiner remueve su café. Deja la cucharilla humeante sobre la mesa.

REINER: Ya. Bueno. Tal vez no.

El consejero en una calle del centro. Llueve. Se mete en un bar y camina hacia una mesa donde está sentada una mujer con un caniche.

CONSEJERO: Señora, siento muchísimo molestarla pero mi teléfono está estropeado y se trata de algo urgente. ¿Puedo utilizar el suyo? Será solo un minuto.

La mujer le mira de arriba abajo y luego le tiende el teléfono que reposa encima de la mesa. El consejero marca un número.

CONSEJERO: ¿Dónde estás?

No puedo llamarte por el móvil.

No. No puedes.

Vete a un hotel y llámame más tarde.

No vayas al apartamento.

Porque no.

Es muy importante.

Tengo que dejarte.

No llames a nadie.

No.

A nadie. Te quiero.

Pulsa para apagar y le devuelve el teléfono a la mujer.

CONSEJERO: Muchísimas gracias. Ha sido muy amable.

Da media vuelta y sale del bar. La mujer termina su café y se levanta con el perro debajo del brazo y sale. Abre su paraguas rojo y se queda allí sosteniendo el perro y contemplando la calle bajo la lluvia.

El camión cisterna en una carretera de dos carriles en la parte central de Texas. Lo sigue un sedán último modelo, dos hombres a bordo. El copiloto del sedán enchufa una baliza giratoria roja en el encendedor del salpicadero y luego saca el brazo por

la ventanilla y coloca la luz en el techo del automóvil. Coge del asiento una caja negra y la sostiene junto a la ventanilla y la conecta y se oye una sirena de policía. El camión aminora la marcha y se arrima al arcén y para. El sedán se detiene a cierta distancia del camión y los dos hombres se apean poniéndose sendos sombreros Stetson. Lucen botas y pantalones beige y camisa blanca y llevan pistolas automáticas. El conductor del camión —el hombre del cable— los observa por el espejo retrovisor. Se ven las botas del copiloto del camión retrocediendo por el lado del acompañante. El conductor arranca. Los dos que van andando por la carretera han llegado casi a la altura del camión y empiezan a perseguirlo mientras desenfundan sus armas. El copiloto del camión cisterna está ahora agazapado en la zanja de la cuneta, y cuando el camión lo deja al descubierto los dos de la carretera quedan justo enfrente de él. Abre fuego con una pistola y deja a uno tirado en la carretera, muerto, y al otro herido en la pierna. El herido se tira a la zanja del otro lado de la calzada. El camión se ha detenido de nuevo, ligeramente ladeado hacia el interior de la carretera, y el conductor empieza a disparar al herido desde su ventanilla con una pistola. El herido pega el cuerpo a tierra y apunta con su arma y le mete una bala al conductor entre ceja y ceja. La pistola del conductor cae y rebota en el asfalto. El copiloto, todavía en la zanja, ve caer el arma. Se asoma para mirar hacia el otro lado de la carretera y baja la cabeza y corre agachado hacia el camión sin abandonar la cuneta. El herido ve la espalda que se mueve al otro lado y se yergue y dispara tres veces. La última bala da en el depósito del camión y por el agujero empieza a manar un flujo de aguas residuales marrones. El copiloto llega a la altura del camión, abre la puerta y pasa por encima del cuerpo desplomado en el suelo y empuja el embrague con la mano y baja el cambio de marchas para meter la primera y luego alarga el brazo y suelta el freno. Empuja el acelerador con una mano y va soltando el embrague con la otra y el camión se mueve hacia delante. El herido sale de la zanja y a duras penas va hasta el coche y monta y cierra la puerta. Deja la pistola en el asiento y mete la mano debajo y saca un fusil AR-15 y pone el coche en marcha y sale disparado en persecución del camión. El camión ha ido hacia el lado contrario de la calzada y el coche se sitúa a la altura de la puerta del acompañante y el herido abre fuego, vaciando todo un cargador de su AR-15 contra la puerta. Después aminora la marcha, retrocede un trecho y se arrima al arcén y se queda mirando cómo el camión gira lentamente hasta meterse de morro en la zanja, donde se inclina sobre las ruedas de un lado y tras quedar un momento en equilibrio vuelve a posarse sobre las cuatro ruedas y queda inmóvil y silencioso. El hombre del coche permanece alerta. Por el retrovisor ve que se acerca un vehículo, muy pequeño al final del largo trecho de asfalto. Ve la pistola que ha quedado tirada en la calzada y un poco más allá el cadáver. Arranca y se sitúa al lado del camión y luego frena. Vuelve a mirar por el retrovisor. El vehículo riela con el calor que despide el asfalto.

El hombre tiene la pernera del pantalón oscura de sangre hasta la bota. Apoya una mano en el muslo de ese lado y se inclina un poco hacia delante con un gesto de dolor. Gira el fusil sobre el asiento y expulsa el cargador vacío. Luego mete la mano debajo del asiento y agarra una pequeña bolsa de lona y se la pone sobre el regazo y abre la cremallera y de entre la media docena que hay en la bolsa saca un cargador lleno y carga el AR-15 y tira de la corredera para alojar un cartucho. El coche que se aproximaba ha reducido la velocidad. Ahora se detiene. Gira un poco hacia el lado contrario y da marcha atrás y completa la vuelta y se aleja por donde venía. El herido ha abierto la puerta y se apea y apunta con el AR-15 y abre fuego sobre el coche en fuga. Vacía el cargador y luego baja el arma y se queda mirando. El vehículo pierde velocidad y se sale de la calzada y hunde el morro en la zanja y queda parado. El hombre coge otro cargador de dentro del coche y se vuelve y lo encaja en el fusil mientras baja por el terraplén hacia el camión.

Del agujero en el depósito sigue saliendo agua sucia. El herido cojea hasta el lado del acompañante con el arma en ristre y abre la puerta y retrocede. Luego se acerca y mete un brazo en la cabina y agarra el cuerpo por el cinturón y lo saca y lo deja caer en la hierba. Luego arrastra el otro y lo suelta encima del primero. Da media vuelta y sale de la zanja y una vez en la carretera mira en un sentido y en el otro. Va cojeando hasta el coche, coge del asiento la pistola y la bolsa de los cargadores y saca las llaves del contacto y va a la parte de atrás y abre el maletero y saca su bolsa. Abre la bolsa, mete en ella el fusil y los cargadores y la vuelve a cerrar. Se remete la pistola por la parte de atrás del cinto y cierra el maletero y va andando hasta el cadáver y deja la bolsa en la calzada. Saca su navaja y la abre y se arrodilla con dolor y rasga el bolsillo trasero del hombre y le coge la cartera y la guarda en la bolsa y se pone de pie y regresa con la bolsa al camión.

El hombre está sentado en el asiento delantero del camión cisterna tallando una rama de árbol con su navaja. La bolsa, abierta, descansa a su lado sobre el asiento. Dentro de la bolsa hay una caja de cartuchos de nueve milímetros y el hombre coge uno y compara el diámetro de la bala con el diámetro de la vara que está tallando y luego hace una incisión en torno a la rama, a unos siete centímetros del extremo.

El hombre baja de la cabina y va hacia la parte de atrás del camión e introduce la punta del palo en el agujero del depósito. Parte la rama y la tira a un lado y dobla la navaja y se limpia las manos en el pantalón e hinca un poco más el tapón con la culata de su pistola y luego regresa a la cabina y monta haciendo muecas de dolor y cierra la puerta y descansa un momento con los ojos cerrados. Luego saca su móvil y marca un número y se lleva el teléfono al oído.

HERIDO: *Bueno. Tenemos la troca.*

No. Más tiempo.

Por la mañana. Creo que sí.

Sí. A las siete, cómo no.

¿Problemas? No. Nada de importancia. Ándale pues.

Cierra el teléfono y descansa unos segundos. Luego arranca y sale de la zanja donde estaba metido y el camión va alejándose por la carretera. Se oye cambiar de marcha.

La mujer del paraguas rojo va caminando por la calle bajo la lluvia. Un Escalade negro se arrima a ella y la salpica de agua y dos hombres se apean del coche. Se le acercan por detrás con un saco de tela que lleva una correa de piel alrededor y se lo ponen por la cabeza y casi hasta las rodillas y uno de los hombres tira de la correa y el saco queda inmediatamente ceñido alrededor del cuerpo de la mujer. Luego la agarran cada uno por un lado sujetando de la correa y la arrojan literalmente al asiento trasero del vehículo y cierran la puerta y se montan y se marchan dejando el bolso de la mujer y su caniche y el paraguas rojo tirados en la acera bajo la lluvia. Han transcurrido unos quince segundos.

El consejero está en el cubículo para discapacitados del aseo de caballeros de un aeropuerto internacional, hablando por un teléfono móvil.

LAURA: Cariño, estoy muy preocupada.

CONSEJERO: Todo irá bien. No te preocupes. Te llamaré.

LAURA: ¿No podemos vernos en alguna parte?

CONSEJERO: No.

LAURA: Pero no entiendo por qué no puede ser.

CONSEJERO: Cuánto te echo de menos.

LAURA: Veámonos en alguna parte.

CONSEJERO: No. Tenemos que ir con mucho cuidado.

LAURA: Tú dijiste que si te estuvieran buscando ya habrían dado contigo. ¿No fue eso lo que me dijiste?

CONSEJERO: No exactamente.

LAURA: ¿Tan mal está la cosa, cariño?

Silencio.

CONSEJERO: De acuerdo. Dónde.

LAURA: Di tú un sitio.

CONSEJERO: Alfa Centauri.

LAURA: Demasiado lejos. Para entonces seríamos demasiado viejos. ¿Qué te parece Boise?

CONSEJERO: ¿Boise?

LAURA: Boise.

CONSEJERO: ¿Y por qué en Boise?

LAURA: ¿Qué tiene de malo Boise?

CONSEJERO: ¿Has estado alguna vez en Boise?

LAURA: No. ¿Tú?

CONSEJERO: Tampoco. ¿Qué te pondrás?

LAURA: Un vestido rojo.

CONSEJERO: ¿Qué más?

LAURA: Ya está.

CONSEJERO: ¿Sin bragas?

LAURA: Sin.

CONSEJERO: Boise, ¿eh?

LAURA: Sí.

CONSEJERO: ¿Algún hotel?

LAURA: Lo estoy mirando mientras hablamos.

CONSEJERO: El miércoles.

LAURA: Mañana.

CONSEJERO: Miércoles. Deja un mensaje para mí en la ventanilla de Delta.

LAURA: Te quiero.

CONSEJERO: Te quiero.

El consejero cierra el teléfono, lo tira al inodoro y hace correr el agua.

Oficina de contrachapado de un desguace en el desierto. El encargado está hablando por teléfono. Un pitbull tumbado en una esterilla al lado de la mesa gruñe y se levanta. El hombre alza los ojos.

ENCARGADO: *Tengo un cliente.*

Cuelga el teléfono y mira al cliente. El cliente avanza unos pasos, cojeando, la ropa manchada de sangre, se detiene y mete la mano por dentro de la chaqueta. El encargado parece alarmarse un poco. El perro gruñe.

HERIDO: *Tranquilo. No se preocupe.*

Saca una bolsa pequeña de piel de imitación con el logotipo de un banco y abre la cremallera y extrae tres fajos de billetes de cien dólares sujetos mediante sendas gomas elásticas y los lanza a la mesa. El encargado se pone de pie.

ENCARGADO: *Cállate, Dulcinea. Cállate.*

El perro, refunfuñando, se echa.

ENCARGADO: *Las perras siempre las más feroces.*

El desguace. El encargado está metiendo prisa a dos muchachos.

ENCARGADO: *Ándale. ¡Rápido! ¡Rápido!*

APRENDIZ: *Pero es una pickup.*

ENCARGADO: *Sí, sí. Claro. No importa. Solo es diferente el frontal. La cabina es la misma. La cabina y las puertas. Ándale.*

Los chicos atraviesan el solar a la carrera llevando consigo una destartalada caja de herramientas.

El camión cisterna, aparcado en el patio del desguace. Una de las puertas — acribillada a balazos— está desmontada y se apoya en la rueda delantera del vehículo. Un chico está desatornillando la otra puerta con un destornillador eléctrico mientras el segundo chico mantiene la puerta abierta. La tienen apoyada en una caja con un tablón debajo y el segundo chico alza la puerta haciendo palanca para sostenerla en vilo. La puerta se separa y los chicos la cogen entre los dos y la llevan hasta un coche destrozado y apoyan la parte inferior en la maleza y la de arriba en la carrocería. La puerta del conductor presenta orificios de salida y la del acompañante orificios de entrada, más numerosos.

Desguace. Los dos chicos de la caja de herramientas agarran la puerta que han desmontado de una camioneta pickup y la llevan hasta donde está el camión cisterna.

Desguace. Ahora el camión sin puertas está siendo levantado por uno de sus lados mediante dos gatos hidráulicos. El encargado se ocupa de uno. Han retirado del agujero en el depósito el tapón improvisado y del agujero manan aguas residuales.

ENCARGADO: *Más atrás. Más.*

El camión se inclina y el vertido pierde fuerza y luego cesa.

Desguace. El propietario está de pie sobre una silla con gafas de soldar y un

soplete en la mano. Funde un poco de plomo de una barra y lo extiende sobre el orificio de bala mediante una paleta de madera.

Camión cisterna. Dos muchachas están limpiando la cabina con cepillos y baldes de agua. El asiento descansa fuera del camión. Han montado una de las puertas y el encargado la cierra y la abre un par de veces y ajusta el pestillo con un destornillador. Uno de los chicos está pintando a espray la otra puerta, apoyada en una pila de recambios con la ventanilla bajada.

Una caravana en un extremo del solar. Entra un coche y una mujer se apea del vehículo con una caja de herramientas de plástico rojo. Sube los escalones de la caravana mientras una chica espera con la puerta abierta.

Interior de la caravana. El herido está tumbado en un sofá barato con la pierna mala estirada sobre una mesita baja cubierta con una sábana. En el suelo hay un cubo de plástico con gasas sanguinolentas. La mujer termina de vendarle la pierna y se vuelve y saca una jeringa de la caja de herramientas y le quita el envoltorio.

En casa de Reiner. El dormitorio de Malkina.

MALKINA (*hablando por teléfono*): Mira, lo último que he sabido es que acababan de pasar por Midland, Texas. De eso hará unas doce horas.

Desde entonces, nada. Así que he cogido el teléfono y he llamado al sheriff para preguntarle si habían visto algún cadáver en la carretera por esa zona y me ha dicho que sí y yo le he dado las gracias y he colgado. Piensas que te tomo el pelo, ya veo. Pues no. Y estoy aquí en casa. Esto también lo digo en serio. Por cierto, yo sí sé dónde está el camión. Muy bien. ¿En serio? Pues a mí me parece que esto entra dentro de la categoría mal rollo total. Hemos pringado.

Cuelga el teléfono.

Una calle en la ciudad. De noche. Lluve ligeramente. Reiner en el Cadillac Escalade blanco. Los dos guepardos están en el asiento de atrás. Un Escalade negro lo adelanta y gira delante de él y le corta el paso. Reiner pisa el freno y mueve la palanca de cambio y se vuelve para dar marcha atrás, el brazo sobre el respaldo del asiento. Los guepardos van de un lado para el otro. Otro Escalade se detiene detrás de él y Reiner vuelve a poner el cambio en D y gira el volante a fin de esquivar al Escalade que tiene delante pero éste ha dado marcha atrás y ahora se encuentra atrapado entre los dos vehículos. El conductor del Escalade de delante ha bajado del vehículo y se acerca a la ventanilla de Reiner y golpea la luna con una alzaprima pero la herramienta rebota. Lo intenta de nuevo. Se acerca otro hombre y hace apartarse al primero e incrusta en la puerta un artilugio que recuerda a un formón.

Tira de una palanca hacia abajo y la máquina dispara una especie de émbolo contra la puerta produciendo un sonido de pistoletazo. Empuja hacia arriba otra palanca y abre la puerta del coche con el artilugio todavía enganchado a ella. Estira el brazo y agarra a Reiner por el cuello de la chaqueta y lo saca a medias del vehículo. Reiner se echa la mano a la pernera del pantalón y de una funda tobillera saca un revólver de cañón corto.

EL DE LA ALZAPRIMA: *¡Cuidado!*

El hombre que está sacando a Reiner del coche lo suelta y retrocede de un salto al tiempo que se lleva la mano a la espalda y saca una pistola automática. Reiner dispara a lo loco y el hombre le mete tres balas en el cuerpo y Reiner se escurre del coche y queda tendido boca abajo en la calle. Su arma rebota en el pavimento. El hombre de la automática vuelve ligeramente el torso y se golpea las sienes, frustrado, con el canto de los puños. El hombre de la alzaprima levanta las manos.

EL DE LA PISTOLA: *¡Virgen santísima! ¡Hijo de puta!*

Le atiza al muerto un puntapié en la cabeza y se vuelve lanzando un brazo al aire.

EL DE LA ALZAPRIMA: *Vámonos.*

El hombre que empuña la pistola vuelve a meterse el arma en la parte de atrás del cinturón y luego tira de la palanca del abrepuertas y lo arranca y se vuelve y le atiza otro puntapié al cadáver.

EL DE LA PISTOLA: *Pendejo.*

Los dos hombres vuelven al Escalade y se montan y arrancan. El Escalade que había cortado el paso a Reiner por detrás lo hace después y sigue al primer vehículo y se pierden de vista bajo la lluvia. Los dos guepardos pegados a la ventanilla trasera del coche se desplazan a uno de los lados y miran hacia el exterior. De los edificios circundantes empieza a llegar gente y se quedan mirando. Dos quinceañeros corren hacia la calle y uno coge el arma de Reiner y el otro el reloj y le quitan la cartera y lo ponen boca arriba y registran los bolsillos interiores de su chaqueta y luego se marchan corriendo bajo la lluvia. Reiner queda tendido boca arriba en la calzada con la lluvia entrándole en los ojos.

De noche. Una calle bajo la lluvia. Reiner está tendido boca arriba junto a la puerta

abierta del Escalade flanqueado por los dos guepardos, que lanzan miradas furtivas a su alrededor. Uno de ellos empuja el cuerpo de Reiner con el hocico.

El consejero hablando por teléfono en su apartamento.

CONSEJERO: Pensaba que no te iba a encontrar. ¿Sabes dónde está Reiner?

WESTRAY: No.

CONSEJERO: No contesta al móvil. Y el teléfono del club ni siquiera da tono.

WESTRAY: El club está cerrado. Varios amiguitos de Reiner fueron allí a buscarle y al final parece que trataron un poco mal a unos clientes. Todos los empleados se largaron por la puerta de atrás. Los felinos han desaparecido. Y eso es todo, creo. O sea que si querías que te pegaran un tiro mientras cenabas, mejor que vayas a Juárez.

CONSEJERO: ¿Cuándo fue eso?

WESTRAY: Hace dos noches.

CONSEJERO: ¿Has hablado con él?

WESTRAY: Sí.

CONSEJERO: ¿Qué te ha dicho?

WESTRAY: Que iba a ver si encontraba a los gatos. Antes de que un puto poli tonto les meta un balazo, cito textualmente. Llevan esos collares electrónicos de seguimiento, pero son capaces de recorrer un montón de kilómetros en cuestión de minutos. ¿Tú dónde estás?

CONSEJERO: En casa.

WESTRAY: Me sorprende que sigas ahí todavía.

CONSEJERO: Dentro de una hora ya no estaré.

WESTRAY: ¿Una hora?

CONSEJERO: Sí.

WESTRAY: Pues quizá te convendría pensar si es buena idea alargar tanto tu estancia.

CONSEJERO: ¿Dónde estás tú?

WESTRAY: En casa, no.

Silencio.

CONSEJERO: Bueno. Te dejo, que tengo que meter unas cosas en el coche.

WESTRAY: En el coche.

CONSEJERO: Sí.

WESTRAY: ¿Tú qué eres?, ¿un retrasado mental?

El consejero se acerca a la ventana y mira al exterior.

CONSEJERO: ¿En qué se supone que debo viajar?

WESTRAY: No puedo asesorarte, consejero. Llama a un taxi.

Silencio.

WESTRAY: Estás muy calladito.

CONSEJERO: Ya.

WESTRAY: Te voy a decir una cosa, consejero. Si tu definición de amigo es alguien que moriría por ti, entonces tú no tienes amigos. Bien. Te dejo.

CONSEJERO: Bueno.

WESTRAY: Cuídate.

CONSEJERO: Vale.

El teléfono da señal de marcar.

Patio trasero de una vivienda de clase media en el extrarradio. Los dos guepardos caminan por el borde de la piscina. Uno se para y olfatea el agua. En la piscina hay dos niños, de ocho y diez años de edad. Están en pie, completamente inmóviles. Un hombre recostado en una silla de director baja el periódico que está leyendo para ver a qué se debe el silencio. Se queda tieso con el periódico a la altura del pecho. Los guepardos avanzan muy despacio por el borde de la piscina y van hacia el césped. El hombre apoya el periódico en su regazo. Los dos niños se vuelven y le miran. El mayor de los dos gira la cabeza en la dirección que han tomado los guepardos y se vuelve de nuevo hacia el hombre.

NIÑO: ¿Papi?

El hombre cierra los ojos y levanta una mano con la palma hacia fuera. Casi como dando la bendición.

Aeropuerto internacional. Laura baja de un coche alquilado en el aparcamiento de la agencia de alquiler de coches y se echa el bolso al hombro y coge la maleta del asiento del acompañante y cierra la puerta.

Laura por el pasillo del aparcamiento tirando de su maleta con ruedas. A su espalda un Escalade negro está avanzando hacia ella. Al final de la hilera de coches aparcados otro Escalade se coloca delante de Laura y frena. Se apean dos hombres. Laura da media vuelta pero el otro Escalade ya está parado detrás de ella. Suelta el asa de la maleta e intenta meterse entre dos coches aparcados pero un hombre la agarra del brazo y la empuja hacia el vehículo. Ella se debate con furia pero el otro hombre la agarra del pelo y la hace girar y le pone una navaja abierta delante de los ojos y ella se queda quieta y baja la cabeza.

Habitación de un hotel de lujo, cama extragrande, flores en un jarrón sobre el tocador. De noche. El consejero está contemplando la lluvia por la ventana.

Entrada al hotel. El consejero de pie mirando hacia la calle.

PORTERO: ¿Necesita un taxi, señor?

CONSEJERO: No. Gracias, no se preocupe.

Bar del hotel. El consejero está sentado a una mesa pequeña en el rincón. Pasa el camarero y se detiene.

CAMARERO: ¿Va todo bien, señor?

CONSEJERO: ¿Cómo dice?

CAMARERO: ¿Quiere que le traiga algo?

CONSEJERO: No. Gracias.

El camarero da media vuelta para irse, pero gira otra vez.

CAMARERO: ¿Se encuentra usted bien?

El consejero levanta la vista y le mira.

CONSEJERO: ¿Me haría usted un favor?

CAMARERO: Desde luego, señor. Lo que usted diga.

El consejero saca su cartera y coge una tarjeta de visita y se la entrega al camarero.

CONSEJERO: Aquí tiene mi tarjeta. Soy huésped del hotel. El favor que le pido es que vaya a recepción y vea si hay algún mensaje para mí. Se preguntará por qué no voy yo mismo. Mire, les he molestado ya tantas veces que seguramente estarán pensando que soy una especie de maniático y temo que no quieran comprobarlo otra vez.

CAMARERO (*cogiendo la tarjeta*): Eso está hecho.

Bufete en Juárez, México. El consejero y un abogado mexicano. Éste está sentado a su mesa con las botas de cocodrilo cruzadas encima. Parece pensativo. El consejero aguarda.

ABOGADO (*con acento mexicano*): Bueno. Tendré que hacer una llamada, compréndalo. Y si todo está bien, todo está bien. A mí no me meta en el centro, ¿de acuerdo?

CONSEJERO: En medio.

ABOGADO: Eso, en medio.

CONSEJERO: ¿Qué le debo?

ABOGADO: Usted no me debe nada. Somos amigos. Un apretón de manos. Tómese un café mientras espera. Volveré con un sí o con un no.

El consejero se pone de pie y alarga un brazo sobre la mesa. El abogado mexicano se levanta. Se dan la mano.

CONSEJERO: Gracias.

El consejero se dispone a salir.

ABOGADO: Consejero.

CONSEJERO (*se vuelve*): Diga.

ABOGADO: Yo haré lo que esté en mi mano, pero debe usted saber que las posibilidades son mínimas.

CONSEJERO: Lo sé. Gracias.

ABOGADO: ¿No estará, cómo se dice, escondiéndose?

CONSEJERO: No. Me escondía. Ahora lo que hago es buscar.

ABOGADO: Entiendo.

CONSEJERO: Gracias.

El abogado asiente.

Habitación de hotel en Boise (Idaho).

CONSEJERO: Vamos, cariño, contesta. Contesta, por favor. No sé dónde estás. Y si no sé dónde estás no sé dónde estoy yo. Es así. Toda mi vida he estado perdido. No quiero que me pase otra vez. Te lo digo en serio. No puedo, cariño. Westray me dijo

que yo no creía en nada. Pero en ti sí creo. El mundo sin ti no es nada. Está vacío.

Se inclina hacia delante y apoya en su pecho el auricular del teléfono.

CONSEJERO: Que estés bien, mi vida. Por favor, que no te haya pasado nada.

El consejero al teléfono en una habitación de hotel en El Paso.

JEFE (*con acento español*): Sí. Pero solo puedo decirle lo que ya le dije a nuestro amigo. Que no hay nadie con quien hablar.

CONSEJERO: ¿Y si voy yo al Florida?

JEFE: El Florida está cerrado.

CONSEJERO: Haré cualquier cosa que usted me sugiera.

JEFE: Es que no tengo nada que sugerir.

CONSEJERO: Podríamos reunirnos en alguna parte.

JEFE: Ya lo estamos haciendo.

CONSEJERO: Tiene que haber alguien a quien yo pueda ver.

JEFE: Me temo que ya no hay tal persona. Eso pasó a la historia. Me temo que no hay nadie a quien ver.

CONSEJERO: No cuelgue, por favor.

JEFE: Tengo tiempo. No pasa nada. Estaba almorzando.

CONSEJERO: ¿Hay gente ahí?

JEFE: Aquí no hay nadie. El camarero. Me gusta almorzar solo. Se está mucho mejor.

CONSEJERO: No sé si entiende usted mi situación.

JEFE: Por supuesto que sí. Yo perdí un hijo. Hace dos años. Pensé que alguien me llamaría, para pedir un rescate. Pero no hubo ninguna llamada. No volví a ver a mi hijo. Tenía dieciséis años.

CONSEJERO: Lo siento.

JEFE: Una cosa es cuando entierran los cadáveres en el desierto y otra distinta cuando los dejan tirados en la calle. Ése es un territorio desconocido para mí hasta el momento. Pero debe de haber estado ahí siempre, ¿no le parece?

CONSEJERO: No sé qué decirle.

JEFE: *Sí, sí. Con hielo, por favor.* Disculpe. ¿Decía usted?

El consejero está agarrando el teléfono con firmeza y tiene la frente apoyada en el pulpejo de la mano, los ojos cerrados. Los abre.

CONSEJERO: No sé qué le estaba diciendo.

JEFE: La gente espera. ¿Y para qué? Antes o después uno debe entender que en definitiva este mundo nuevo es el mundo propiamente dicho. No hay otro. No se trata de un simple hato.

CONSEJERO: Hiato.

JEFE: ¿Cómo?

CONSEJERO: Se dice hiato.

JEFE: Ah, sí. Hiato. Gracias.

Silencio.

CONSEJERO: ¿Va usted a ayudarme?

JEFE: Lo que debería hacer es ver la realidad de su situación. Ése es mi consejo. No soy quién para decirle lo que debería haber hecho. O dejado de hacer. Solo sé que el mundo en el que intenta usted enmendar sus errores no es el mundo en el que fueron cometidos. Está en una encrucijada y piensa qué camino debe elegir. Pero no hay nada que elegir. Aquí no existe más que la aceptación. La elección se hizo tiempo atrás.

Silencio.

JEFE: ¿Sigue usted ahí?

CONSEJERO: Sí.

JEFE: No quisiera disgustarlo, pero a menudo las personas reflexivas comprueban que no tienen los pies firmes en la tierra. En cualquier caso, preparar un espacio en nuestras vidas para las tragedias que han de venir es un ahorro que poca gente está dispuesta a hacer. ¿Conoce la obra de Antonio Machado?

CONSEJERO: No, pero el nombre sí me suena.

JEFE: Un magnífico poeta. Traducido no es lo mismo, creo yo, pero en español su obra es muy hermosa. Machado era maestro y se casó con una linda joven a la que amaba con locura. Ella murió. Y él se convirtió en un gran poeta.

CONSEJERO: Yo no me voy a convertir en un gran poeta.

JEFE: Tal vez no. Pero aunque lo consiguiera, de poco le iba a servir. Machado habría dado hasta el último de sus versos por una hora más con su amada. Aquí no hay ley de intercambio, ¿entiende? La pena excede todos los valores. Uno entregaría naciones enteras para quitársela del alma. Y sin embargo no puede comprar nada con ella.

Silencio. El consejero apoya la frente en su reloj, los ojos cerrados.

JEFE: Cuando perdí a mi hijo no rogué por aquello que debería haber deseado con todas mis fuerzas. No fui capaz.

CONSEJERO: Una muerte rápida.

JEFE: Lo siento.

CONSEJERO: ¿Por qué me está contando esto?

JEFE: Porque está en esa encrucijada de la que hablábamos. Puede abocarse o no a la pena. De usted depende. El asesino iría igualmente a por usted, pero querrá contar con su conformidad. Y él lógicamente no arriesga en lo más mínimo. Persigue saber lo que sabe el guerrero, pero no tiene arrestos para asumir ese papel. Es un usurpador y un chulo. Precisamente porque le falta coraje, es mucho más de temer. Él exploraría ese territorio que nos han asignado a todos, pero su estilo es enviar un emisario. Poner a su víctima con el mayor cuidado al borde del precipicio e inclinarse para ver si hay alguna novedad. Palabras sueltas entre sollozo y sollozo. Entre la sangre y los gritos y el terror. Ni siquiera en el acto amoroso sería uno objeto de tanto esmero y tanta sollicitación.

CONSEJERO: ¿Por qué me está contando esto?

JEFE: Porque usted no es capaz de aceptar la realidad de su vida.

CONSEJERO: ¿Qué más le da?

JEFE: ¿Ama tantísimo a su esposa que ocuparía su lugar en la rueda de la tortura? No digo morir por ella. Eso es fácil. Hablo de no flaquear cuando ellos vayan a ceñirle las correas.

CONSEJERO: Sí, maldita sea. Sí.

Silencio.

JEFE: Me alegro de saberlo.

CONSEJERO: ¿Qué trata de decirme? ¿Me está diciendo que eso es una posibilidad?

JEFE: No. No lo es. *Sí. Un cafecito, por favor. Solo. Solo, sí. Gracias.* Disculpe, consejero.

CONSEJERO: Dice que yo era ese hombre. En la encrucijada.

JEFE: Sí. La encrucijada de comprender que la vida no da marcha atrás. No es mi deseo pintar el mundo en colores más tristes de los que tiene, pero conforme el mundo va dando paso a la oscuridad resulta cada vez más difícil descartar la idea de que en realidad el mundo es uno mismo. Algo que uno ha creado, ni más ni menos. Y cuando uno deja de existir, el mundo se acaba también. Hay otros, por supuesto que los hay. Pero son mundos de otras personas y en cualquier caso la comprensión que uno tenía de los mismos no pasaba de ser una ilusión. Su mundo, el de usted (*el único que cuenta*), desaparecerá. Para siempre. La extinción de toda realidad es un concepto que ninguna renuncia es capaz de abarcar. Hasta que llega la aniquilación y todas las

ideas sublimes se nos presentan como lo que son. Tengo que dejarle. Debo hacer varias llamadas y luego, si queda tiempo, echaré un sueñecito.

La comunicación se corta.

De noche. Malkina y el levantador de pesas negro recorriendo en coche las afueras de la ciudad. Ella sostiene un GPS y un monitor de seguimiento para el transpondedor. Iluminada por los faros una estrecha carretera de dos carriles. Luces en la lejanía. Llegan a un cruce y el levantador de pesas reduce la marcha y la mira.

MALKINA: Izquierda. Ve hacia la izquierda.

Continúan despacio por la carretera. De pronto uno de los guepardos cruza la calzada a la luz de los faros.

MALKINA (llorando casi): Es Silvia. Cariño. Hola, cariño.

Un taller mecánico, el camión cisterna. En lo alto hay una grúa de pórtico —un polipasto que se desliza sobre rieles de hierro— y un hombre con mono de faena y gafas protectoras está abriendo lateralmente el depósito del camión, de delante hacia atrás, con un soplete de corte.

Taller. Un mecánico está subido al depósito soldando al mismo una barra metálica. La barra lleva atornillado un grueso gancho de metal y un gancho similar está ya colocado cerca de la parte frontal del camión. El mecánico termina y se sube la careta y se pone de pie y tira del polipasto, que avanza por los rieles con las cadenas balanceándose.

Taller. La parte superior del depósito del camión está siendo izada por los dos ganchos y las cadenas del gancho simple cuelgan de la polea. Dentro del depósito hay cuatro bidones de doscientos litros. La grúa progresa por la vía y baja la parte superior de la cisterna hasta el suelo detrás del camión y un operario —con careta y mono de faena— desengancha las cadenas y luego la grúa retrocede y el hombre engancha una cadena y polea al primero de los barriles y las tensa mediante un templador y el primero de los bidones abandona el depósito.

Zona de lavado en un rincón del taller. Los cuatro bidones están derechos sobre palés y el operario con mono de faena y botas de goma los está lavando con una manguera a vapor.

Calles de Juárez. Hay un cordón policial amarillo tensado entre caballetes bloqueando la calle y a cierta distancia se ve un coche acribillado a balazos. Una de las puertas está abierta y hay un cadáver tendido en la calzada. Coches de policía con las luces girando en el techo. En primer plano gente que pasa con pancartas y carteles en los que pueden verse grandes fotos a todo color de personas desaparecidas y en español la leyenda: Desaparecido, o Desaparecido y una fecha a continuación. Y también: Se busca, y luego un nombre. Varias mujeres llevan paraguas para protegerse del sol y algunas llevan cruces de madera basta o cruces adornadas con coronas de flores. Un jeep color caqui del ejército con un soldado con ropa de combate al mando de una ametralladora montada en el chasis se abre paso entre la muchedumbre. El consejero se halla entre los afligidos y sostiene en alto un cartel con una fotografía en color de Laura.

Tres hombres con mascarilla para respirar en el módulo de lavado. Uno lleva ropa de faena y otro un mono blanco. El tercero, con pantalón y chaqueta de sport, es el comprador. El operario está abriendo la tapa de los bidones con un destornillador eléctrico. Del bidón que ya ha sido abierto el hombre del mono blanco saca cuatro bolsas de plástico transparente en cada una de las cuales hay un kilo de cocaína. El operario desenrosca el perno del segundo bidón y levanta el aro que bordea toda la tapa del bidón y después levanta la tapa y pasa al siguiente bidón. El comprador sigue al hombre del mono hacia el fondo del taller. Se han quitado las mascarillas.

COMPRADOR: ¿Por qué hay cuatro bidones?

EL DEL MONO (con acento mexicano): No lo sé. Es posible que tengamos un pasajero.

COMPRADOR: ¿Un pasajero?

EL DEL MONO: Sí. Ya sabe, un... no me sale la palabra. Como en los barcos. Un poli...

COMPRADOR: ¿Un polizón?

EL DEL MONO: Eso. Polizón.

OPERARIO: ¡Virgen santa!

El del mono se vuelve y sonrío. El operario ha salido del módulo de lavado, se quita la mascarilla y tiene arcadas.

OPERARIO: ¡Hijo de perra!

EL DEL MONO: ¡Ciérralo! ¡Rápido! ¡Rápido!

Da media vuelta y cruza, riendo, una puerta metálica. Le sigue el comprador. Suben por unos escalones de hormigón, la barandilla es de tubo de hierro.

Una pequeña oficina. Por el ventanal se ve el camión cisterna aparcado abajo. El del mono y el comprador sentados a una mesa metálica barata. Sobre la mesa hay ordenadores. Una balanza y varios platillos y las bolsas de cocaína.

COMPRADOR: En las dos últimas cuentas solo hay una hora de diferencia. Pero es otro día. Es mañana.

EL DEL MONO: Sí. Me gusta eso.

COMPRADOR: No habrá problema. ¿Cuánto tenemos?, ¿cuatro horas?

EL DEL MONO: Sí. No estaría de más saber si el dinero electrónico gana un día extra de intereses cuando cruza la línea internacional del cambio de fecha.

COMPRADOR: Buena pregunta. ¿Por qué les mandan un cadáver?

EL DEL MONO: Porque sí. Es práctico.

COMPRADOR: ¿Práctico?

EL DEL MONO: Sí. Cuando quieres perder de vista a alguien, lo mandas a Norteamérica.

COMPRADOR: ¿Sabe quién es el muerto?

EL DEL MONO: Naturalmente que no. Un pasajero. Un inmigrante.

COMPRADOR: Una manera de librarse de un cadáver y nada más.

EL DEL MONO: Y nada más. Para no tenerlo rondando por ahí.

COMPRADOR: De México.

EL DEL MONO: De Colombia.

COMPRADOR: ¿Ha venido desde Colombia?

EL DEL MONO: Sí. Por supuesto.

COMPRADOR: ¿Qué van a hacer con él?

EL DEL MONO: Nada. Se vuelve en el camión.

COMPRADOR: Que se vuelve en el camión...

EL DEL MONO: Claro.

COMPRADOR: ¿Y después?

EL DEL MONO: Nada. Es normal. Bueno, supongo que no tan normal. Ellos lo encuentran gracioso. Una especie de broma. En este negocio hay que tener sentido del humor.

COMPRADOR: ¿Y qué hacen con él?

EL DEL MONO: Nada. El camión queda como estaba al principio. Lo pintan. El muerto va dentro, de paseo por ahí. El camión puede que lo vendan. En una subasta quizá. No importa. Lo pasean un poquito más. Chupando mierda todo el rato. Bienvenido a

los Estados Unidos de América.

Muestra una gran sonrisa. Se mira la hora en el Rolex.

Un bar en una población fronteriza. El consejero está en una de las mesas de formica con la cabeza sobre los brazos doblados y el cartel con la foto de Laura encima del tablero.

ENCARGADO: *Señor.*

CONSEJERO: Mmm...

ENCARGADO: *Señor.*

El consejero se incorpora y mira al hombre.

ENCARGADO: Tengo que cerrar.

CONSEJERO: Ya lo sé.

El consejero está demacrado y sin afeitarse.

ENCARGADO: ¿Qué hace? ¿No tiene adónde ir?

CONSEJERO: No tiene que marcharse a casa pero aquí no se puede quedar.

ENCARGADO: ¿Cómo dice?

CONSEJERO: Olvídelo.

El consejero se levanta y coge la fotografía.

CONSEJERO: Me he quedado dormido. Disculpe.

ENCARGADO: No hace ningún daño.

CONSEJERO: Ningún daño. Qué bello pensamiento. Mágico pensamiento.

ENCARGADO: ¿Perdón?

CONSEJERO: Buenas noches.

ENCARGADO: *Es muy peligroso. Las calles.*

CONSEJERO: Lo sé.

ENCARGADO: Si oyen pasar a alguien le pegan un tiro. Después encienden la luz para ver quién es el muerto.

CONSEJERO: ¿Y por qué hacen eso?

ENCARGADO (*se encoge de hombros*): Como una broma. Para demostrar que no les importa la muerte. Para que se vea que la muerte no significa nada.

CONSEJERO: ¿Y usted? ¿Qué piensa? ¿Usted cree eso?

ENCARGADO: Claro que no. Toda mi familia está muerta. El único que no significa nada soy yo.

CONSEJERO: *Entiendo.*

ENCARGADO: *Ándese con ojo. ¿Sí?*

CONSEJERO: *Sí. Con ojo.*

ENCARGADO: *¿Quién es? La señora.*

CONSEJERO (*volviéndose en el umbral*): *Mi esposa.*

ENCARGADO: *Ah. Guapa. Lo siento.*

El consejero se detiene al llegar a la puerta.

CONSEJERO: *Sí. Guapa. ¿Qué es eso?*

ENCARGADO: Quiere decir que es hermosa.

CONSEJERO: Ya. Pero ¿qué significa esa palabra? ¿Qué es? Hermoso.

ENCARGADO: No lo sé. Va siendo tarde.

CONSEJERO: Sí. Buenas noches.

ENCARGADO: Buenas noches, amigo. Buenas noches.

El consejero se adentra en un callejón y va hasta una puerta y saca una llave y entra. Un desangelado vestíbulo, suelo de linóleo. Una bombilla pelada colgando del techo. Se mete por la primera puerta de la derecha y prende la luz. Una habitación con una cama de hierro, una cómoda barata y un lavabo. Pasa la cadena de la puerta y va hasta la cama y se sienta. Deja el cartel a un lado sobre la colcha y apoya la cara en sus manos. A lo lejos suena una ráfaga de ametralladora.

Aeropuerto internacional. Westray sale con una maleta de tamaño mediano y una bolsa al hombro. Viste traje oscuro. Desde el bordillo mira los taxis y las limusinas aparcados y finalmente cruza la calle, se dirige a una limusina, abre la puerta y sube al vehículo. Al volante hay una mujer atractiva con gorra de chófer. Ella se vuelve y le sonríe.

WESTRAY: *Me gusta su sombrero.*

CHÓFER: Gracias.

WESTRAY: Al International.

CHÓFER (sonriendo): Ya sé.

La mujer se vuelve hacia el volante y pone el coche en marcha y arranca.

Recepción de un hotel de muchas estrellas en una ciudad global. Westray frente al mostrador con pasaporte y tarjeta de crédito en la mano. Está esperando que el recepcionista verifique su reserva de habitación. A escasa distancia hay una rubia muy atractiva dando sus datos. Viste un traje chaqueta oscuro y lleva un voluminoso bolso. Westray la mira de arriba abajo. Ella se da cuenta.

WESTRAY: ¿Qué tal?

RUBIA: Bien. Es canadiense.

WESTRAY: Ha visto mi pasaporte. ¿Y de dónde es usted?

RUBIA: De Nuevo México.

WESTRAY: La invito a una copa.

RUBIA: ¿Qué?

WESTRAY: Vamos a tomar una copa. No está casada.

RUBIA: No.

WESTRAY: Pues cuando termine de registrarse podemos sentarnos ahí mismo. Nos traerán cualquier cosa que pidamos.

RUBIA: Vaya. Un picaflor.

WESTRAY: ¿Picaflor? Caray. ¿Dónde ha oído esa palabra?

RUBIA: Era broma. O no.

WESTRAY: Soy un tipo la mar de decente, ya verá.

RUBIA: ¿Tiene usted referencias?

WESTRAY: Mmm. Esto se pone cada vez más interesante.

Ciudad global. Malkina cruzando la calle vestida con un traje chaqueta. Camina por la acera hasta el escaparate de una joyería y se queda mirando los objetos expuestos detrás de la luna.

Terraza de bar en la ciudad. Malkina está mirando un recorte de papel y hablando

con la rubia de antes.

MALKINA: Cinco dígitos. ¿Quién es Rowena?

RUBIA: Ni idea.

MALKINA: Seguridad social. ¿Permiso de conducir expedido en Nevada?

RUBIA: Sí.

MALKINA: Bueno. En mi bolso encontrarás un sobre con el pequeño extra para ti.

La rubia abre uno de los dos bolsos que hay encima de la mesa y saca el sobre y lo mete en el otro bolso.

RUBIA: Pero no tienes su ordenador.

MALKINA: Lo tendré. ¿Volverás a quedar con él?

RUBIA: ¿Y para qué? Estará sin un centavo.

MALKINA: Eres lista.

RUBIA: ¿O se trata de algo aún peor?

MALKINA: ¿Qué más te da?

RUBIA: No quiero verme mezclada en algo gordo.

MALKINA: Ya lo estás.

RUBIA: Explícate.

MALKINA: ¿Y si él viniera a buscarte?

RUBIA: No lo hará. ¿Verdad que no?

MALKINA: No.

La rubia se queda mirando la acera.

RUBIA: Oh, Dios.

Se levanta y coge su bolso y saca el sobre y lo deja encima de la mesa.

MALKINA: ¿A qué viene eso?

RUBIA: No lo quiero.

MALKINA: No seas boba.

RUBIA: Aquí lo dejo. Tengo que irme.

MALKINA: Bien. Como quieras. ¿Sabes lo que más me gusta de los norteamericanos?

RUBIA (*conteniendo las lágrimas, enfadada*): No. ¿Qué?

MALKINA (*sonriendo*): Que puedes contar con ellos.

Por la mañana. El consejero está dormido en el catre con la ropa puesta. Lllaman a la puerta. Se incorpora. Vuelven a llamar.

CONSEJERO: *Momento. Momento.*

Se levanta y va hasta la puerta y descorre la cadena para abrir. Un joven espera con un paquete en la mano.

REPARTIDOR: *¿Está el abogado?*

CONSEJERO: *Sí.*

El chico le entrega el paquete y sonrío y saluda llevándose dos dedos a la gorra y luego da media vuelta.

CONSEJERO: *Momento. ¿Qué es esto?*

El chico, ya en la puerta de fuera, se vuelve y extiende las manos con la palma hacia arriba.

REPARTIDOR: *No lo sé. Un regalo. ¿Quién sabe? Ábralo.*

Se marcha. El consejero vuelve a entrar en la habitación y se sienta en el catre mirando el paquete. Mide unos diez o doce centímetros cuadrados y va envuelto en papel y atado con una cinta azul. El consejero afloja la cinta, que cae al suelo. Retira el envoltorio y ve que contiene un DVD. De pronto comprende qué es y lo deja caer sobre la cama como si quemara y se lleva las manos, como garras, a la cara.

CONSEJERO: *Dios. Dios. Dios.*

Una calle importante, ciudad global. Westray saliendo de un edificio grande, posiblemente un banco. Viste un traje de verano color beige y lleva en la mano una pequeña bolsa negra de lona. No bien ha salido a la calle un hombre se le acerca por detrás, le pasa por la cabeza el alambre de un bolito y tira de él ciñendo el lazo corredizo. Westray suelta la bolsa de inmediato y se agarra el alambre que le aprieta el cuello y gira con los ojos desorbitados. El asesino coge la bolsa de un solo movimiento y baja de la acera para montarse en un taxi que lo está esperando con la puerta abierta. El taxi se pierde entre la circulación.

Westray girando sobre sí mismo, los dedos de una mano atrapados en el alambre y a punto de quedar cercenados mientras el alambre se va clavando en su pescuezo.

El cuello de la camisa está rojo de sangre. Se sienta en la acera y empieza a soltar patadas, como si estuviera enojado. Como un niño irascible. Algunos peatones se han detenido pero a una distancia prudencial. El motor eléctrico del bolito rechina. Westray se desploma sin dejar de patear. La arteria carótida izquierda revienta y un chorro de sangre rojo brillante describe un arco en el aire y salpica la acera. Los mirones retroceden.

Malkina sentada junto al asesino en el asiento trasero del taxi. Agarra el maletín y se lo pone sobre el regazo y descorre la cremallera y rebusca dentro. Saca un portátil y examina los documentos de una carpeta. Abre un bolsillo del maletín y extrae dos pasaportes. Saca un sobre. Una tarjeta de memoria. Guarda todas esas cosas en su bolso y luego saca un sobre y se lo entrega al asesino, que se lo guarda dentro de la camisa. Malkina cierra su bolso y se inclina y le da unos toquitos al taxista en el hombro.

MALKINA: *Pare aquí, por favor.*

TAXISTA: *¿Aquí?*

MALKINA: *Sí.*

El taxi se arrima al bordillo y Malkina le da unos billetes al hombre y se apea cerrando la puerta. El taxista mira el dinero y frunce los labios con sorpresa y aprobación. Se vuelve hacia el hombre que está detrás.

TAXISTA: *¿Adónde?*

El asesino está mirando a Malkina, que se pierde entre los transeúntes. Sus elegantes prendas ceñidas.

Terraza de una cafetería. Ciudad global. Malkina en una mesa con Lee, un chinoamericano de veinticinco años.

LEE: *¿Qué traes? ¿Tienes las cuentas corrientes?*

MALKINA: *Tengo un par.*

LEE: *¿Podrás conseguir las dos que faltan?*

MALKINA: *Sí. Lo estoy volcando a otro ordenador desde un motor de búsqueda.*

LEE: *Entonces hay otro elemento.*

MALKINA: No. Ése no está metido.

LEE: ¿Ni un poquito?

MALKINA: Nada de nada.

LEE: ¿Seguro?

MALKINA: Segurísimo.

Lee se la queda mirando.

LEE: ¿No te pasa a veces que de golpe tienes un mal presentimiento?

MALKINA: ¿Con respecto a un chanchullo?

LEE: A cualquier cosa.

MALKINA: No sé. Pero un mal presentimiento tuyo no tiene por qué ser igual a uno mío, supongo.

LEE: Bueno.

MALKINA: Para mañana tendré todo lo que se puede conseguir. Lo que no tengamos habrá que inventarlo. Tengo los códigos de entidad bancaria y los números de cuenta. El código fuente también, pero habrá que buscar un programa compilador para que lo traduzca todo a un código máquina. Se puede hacer.

LEE: VPN y enrutadores.

MALKINA: Sí.

LEE: Contraseñas.

MALKINA: ¿Qué es lo que quieres saber, realmente?

LEE: Hay alguien más. ¿Tu contacto en el banco?

MALKINA: Él se lleva un diez por ciento y todos sus gastos corren de su cuenta.

LEE: ¿Eres ucraniana?

MALKINA: No. Soy puro porteña.

LEE: Está bien.

MALKINA: No te preocupes por mis contactos. Yo voy de independiente.

LEE: Me preocupo por todo. Por eso estoy todavía en activo. En el fondo esto es una parodia.

MALKINA: Si quieres llamarlo así...

LEE: Bien. ¿Qué es lo que quieres saber tú?

MALKINA: Hasta qué punto estás limpio.

LEE: Nunca guardo nada que no sea imprescindible.

MALKINA: Ya. Puedes tener un kit básico con servidor SQL y demás, pero troyanos de acceso remoto como Srizbi o Torpig no son precisamente para llevar la contabilidad doméstica.

LEE: Tener uno no va contra la ley.

MALKINA: No lo digo por eso. Si lo encuentran se ponen a buscar.

Lee: Muy bien.

MALKINA: Puedes clonar el teléfono móvil con una tarjeta SIM pero las facturas siguen llegando al número del móvil original, o sea que no puedes utilizarlo eternamente.

LEE: No queremos utilizarlo eternamente.

MALKINA: Ya, pero tú no sabes cuánto tiempo te queda. La eternidad puede ser muy corta. Los hackers creen que no se puede seguir la pista de un móvil clonado, pero eso ya no es verdad. Y si ellos encuentran un rastro podrían localizarte con un Stingray hasta una aproximación de un metro y medio. No te lo recomiendo.

LEE: Está bien. ¿Cuántas llamadas en total, cuatro?

MALKINA: Sí.

LEE: Voz encriptada.

MALKINA: Sí. Zapatos de distinto par.

LEE: Vale. Mira, por lo que respecta a la seguridad sé que entiendes que del disco duro no sale nada, pero esto seguiría entrando en la categoría de limitaciones de tiempo.

MALKINA: A mí eso no me preocupa. Lo que está a la vista está a la vista. Creen que su análisis del tráfico es supersofisticado, pero por definición tienen que hacer caer los protocolos que lo generan. En cuanto a los ordenadores físicos, basta con meterlos en el horno, poner el termostato a tope y adiós. Todo lo que necesito llevar conmigo puedo descargarlo en un lápiz USB.

LEE: Con doble encriptación.

MALKINA: Sí.

LEE: ¿Semilla aleatoria?

MALKINA: Sí.

LEE: De acuerdo. Deja que me lo mire. No hemos hablado de dinero.

MALKINA: Un cuarto de millón.

LEE: Imagino que no vas a decirme lo que sacaremos del golpe...

MALKINA: ¿Y por qué no? Al fin y al cabo vas a verlo en la pantalla. Son veintidós millones, más o menos. Y si conseguimos las cuatro cuentas.

LEE: Podrías aumentar un poquito ese cuarto de kilo.

MALKINA: Está bien.

LEE: Quinientos mil.

MALKINA: Eso no es un poquito. Es el doble.

LEE: Cuatrocientos.

MALKINA: Vale.

LEE: En efectivo.

MALKINA: Bien. ¿Necesitas un anticipo?

LEE: No, tranquila. ¿Qué vas a hacer, solicitar un préstamo al banco?

MALKINA: Algo parecido.

Calle en una ciudad. Sirena de ambulancia. La ambulancia sube a la acera donde yace Westray y la muchedumbre se aparta. Tres sanitarios bajan del vehículo y se acercan al cuerpo y lo cubren con una sábana y uno de ellos le toma el pulso en la muñeca. Sacan una camilla y la colocan en el suelo, uno de los sanitarios agarra a Westray por los pies y los otros dos uno por cada lado y lo suben a la camilla todavía cubierto con la sábana. El gentío lanza una muda exclamación y los sanitarios al volverse comprueban que la cabeza cortada de Westray ha quedado sobre la acera con el bolito.

Vertedero a las afueras de Juárez. Un inhóspito paisaje desértico con brumosas montañas peladas al fondo. Se oye un bulldozer. El vertedero es un mar de basura indescriptible. Hay fogatas y columnas de humo aquí y allá. A lo lejos se ven familias hurgando entre los desperdicios. Mujeres y niños. Llevan al hombro bolsas de supermercado reutilizables. Merodean por la zona unos cuantos zopilotes. Un viejo camión volquete de diez toneladas se afana por el vertedero y se detiene y da marcha atrás y frena. El camionero tira de la palanca y la plataforma se inclina hacia arriba y suelta la basura que lleva dentro. El hombre sacude la palanca lateralmente y la plataforma emite un sonido metálico y luego baja de nuevo la plataforma y el camión se aleja con torpes movimientos. Un polvoriento bulldozer amarillo se acerca y va empujando la basura hacia el interior del vertedero. Entre la basura aflora por momentos el cuerpo de una chica. El bulldozer da marcha atrás y luego avanza de nuevo. El cuerpo decapitado de Laura con su vestido rojo aparece brevemente y luego desaparece entre la basura y los escombros.

Ciudad global, vivienda en un edificio de muchas plantas. De noche. El rostro de Lee reflejado en el cristal. El reflejo de una batería de ordenadores detrás de él. Abajo, las luces de la ciudad. Malkina cruza la habitación en un sentido y luego en el otro.

Lee y Malkina sentados frente a los ordenadores. Ella con unos cascos en la cabeza. Líneas de texto sucediéndose en los monitores.

LEE: ¿Cuánta demora dices que hay?

MALKINA (*quitándose los cascos*): ¿Qué?

LEE: Era para pincharte un poco.

MALKINA: Pues no lo hagas.

LEE: De acuerdo.

Malkina volviendo de la cocina con tazones de té. Se sientan frente a los ordenadores.

MALKINA: Tenemos dos horas.

LEE: ¿Por qué no tratas de dormir un rato? Yo te despierto.

MALKINA: Estoy demasiado tensa.

LEE: ¿Te apetece ir a dar un paseo?

MALKINA: Yo no salgo de aquí ni que se queme el edificio. Si quieres, ve a mirar qué dan en la tele.

LEE: ¿Y si salimos nosotros?

MALKINA: Bueno. A lo mejor hay cárceles virtuales para delincuentes virtuales.

Llanuras de Arizona. El guepardo macho yace al pie de un árbol. Se levanta y camina hasta el borde de la hierba y contempla la lejanía.

Restaurante en una azotea de una gran urbe, de noche, calles iluminadas más abajo. Malkina acaba de llegar y es recibida por el maître.

MAÎTRE: *Buenas noches, señora. Buenas noches.*

Acompaña a Malkina un hombre de unos cuarenta años, alto y elegante, vestido con un traje negro y una corbata cara de seda color dorado. El maître hace un gesto para indicarles que pasen.

MAÎTRE: *Bienvenidos. Bienvenidos.*

Ella lleva una falda plisada negra, larga hasta el tobillo, y un bolero verde oscuro adornado con galones negros. Luce una gruesa gargantilla escalonada de esmeraldas y pendientes a juego. Empieza a mostrar barriga; está de cinco meses. El maître los guía hasta una mesa con vistas y un camarero retira la silla para que ella se siente. Un segundo camarero está desdoblando las servilletas mientras un tercero llega con un cubo de champán y un pedestal que coloca al lado del hombre. Luego saca del cubo una botella de Dom Pérignon y la envuelve en un paño y la descorcha y sirve dos flautas de champán e introduce después la botella en su nido de hielo con un pequeño meneo. El maître hace una inclinación de cabeza.

MAÎTRE: *Buen provecho.*

Se marcha y la pareja entrechoca sus copas. El acompañante habla con un acento posiblemente europeo.

ACOMPañANTE: Por el heredero.

MALKINA: Gracias.

ACOMPañANTE: Bueno, ¿volverás a Estados Unidos, cuando llegue el momento?

MALKINA: Creo que no.

ACOMPañANTE: ¿Adónde irás?

MALKINA: Puedo ir a donde me plazca.

ACOMPañANTE: ¿Europa?

MALKINA: Europa ya no cuenta. Creo que me gustaría ir a China.

ACOMPañANTE: ¿En serio?

MALKINA: Sí.

ACOMPañANTE: No hablas el idioma.

MALKINA (*sonriendo*): Aprendo rápido.

ACOMPañANTE: ¿Cómo se hace para entrar dinero en China?

MALKINA: Está tirado. Puedes comprar acciones de lo que sea. Las industrias pesadas son una buena opción. A mí me gusta Pohang Iron & Steel.

ACOMPañANTE: ¿Y efectivo?

MALKINA: La mejor manera de condensar riqueza es con diamantes. Son altamente negociables y no pesan nada. Aunque un cuadro de Picasso (*sin marco y enrollado*) tiene más o menos el mismo valor. A igual peso.

ACOMPañANTE: ¿De cuánto estaríamos hablando?

MALKINA (*sonriendo*): ¿Es por pura curiosidad?

ACOMPañANTE: Es por curiosidad.

MALKINA: En una onza puede haber unos ciento cincuenta quilates. Y los diamantes, de promedio, están a diez mil dólares el quilate. Piedras de entre dos y cinco quilates.

Calcula.

ACOMPAÑANTE: Mejor hazlo tú.

MALKINA: Los diamantes valen alrededor de millón y medio la onza. En la palma de la mano te cabrían unos veinte millones. En cuanto al papel moneda, unos tres mil dólares pesan una onza. Redondeando, cincuenta mil dólares vienen a pesar una libra. Es decir que esos veinte millones que tienes en la mano pesarían más de cuatrocientas libras, en billetes de cien dólares. Para ser exactos, cuatrocientas cuarenta libras.

ACOMPAÑANTE: ¿En China se pueden vender diamantes?

MALKINA: Los diamantes podrías venderlos hasta en Marte.

ACOMPAÑANTE: ¿Y si es niña? ¿Eso no sería un problema?

MALKINA: Sí. Pero no es niña.

ACOMPAÑANTE: Entiendo. ¿Puedo preguntarte una cosa?

MALKINA: Puedes.

ACOMPAÑANTE: ¿El padre es Reiner?

MALKINA: ¿Es eso lo que quieres saber?

ACOMPAÑANTE: Sí.

MALKINA: Pues no lo es. Reiner se hizo la vasectomía. El consejero explicaba a la gente que fue por orden judicial. Se lo dije el día que me enteré. Él se lo tomó muy bien. Me propuso abortar y que después continuáramos como si nada hubiera ocurrido. Se puso un poco sentimental, la verdad, cosa que me sorprendió. Yo le dije que si era niña abortaría. Pero no, es niño. Así que no aborté.

ACOMPAÑANTE: ¿Reiner quiso saber quién era el padre?

MALKINA: Naturalmente.

ACOMPAÑANTE: ¿Y se lo dijiste?

MALKINA: No. (*Pausa*). Si yo fuese una mujer que estuviera disponible, no te interesaría esto. La maldición del jugador.

ACOMPAÑANTE: Espero que eso no sea verdad.

MALKINA (*sonriendo*): A nadie le gusta admitir que el objeto de su deseo lo ha puesto en la balanza y ha descubierto que no da el peso. Es algo francamente difícil de aceptar. Mejor imaginarnos a la persona deseada como alguien caprichoso e indeciso. ¿No estás de acuerdo?

ACOMPAÑANTE (*sonriendo*): Eres bastante cruel.

MALKINA: Me lo agradecerás.

ACOMPAÑANTE: ¿Y tú qué es lo que quieres?

MALKINA: Una vida propia. Poseo muy pocas cosas. Algunas joyas. Ropa. A veces pienso que me gustaría recuperar mi inocencia. Si es que la tuve alguna vez. Pero nunca pagaría el precio que piden por ella en el mercado.

ACOMPAÑANTE (*asiente con la cabeza y la mira. En voz baja*): Una vida propia.

MALKINA (*se lo queda mirando antes de responder*): Cuando el mundo en sí mismo

es el origen de nuestro tormento, uno es libre de vengarse de cualquier aspecto de ese mundo por pequeño que sea. Quizá tendrías que haber nacido mujer para entenderlo. Y nunca conocemos la verdadera hondura de nuestro dolor hasta que se nos presenta la oportunidad del desquite. Solo entonces sabemos de lo que somos capaces.

ACOMPAÑANTE: Creo que has dicho más de lo que yo deseaba saber.

MALKINA: No pasa nada.

ACOMPAÑANTE: ¿Y los gatos?

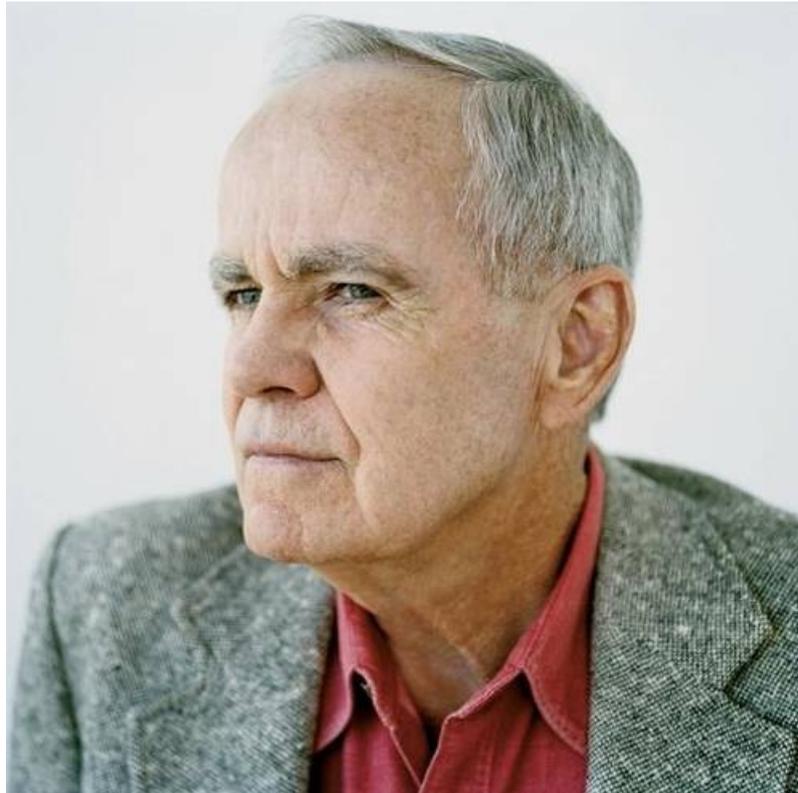
MALKINA: Silvia murió. Tenía una afección cardíaca congénita. Ya lo sabíamos. Raoul está bien, viviendo en Arizona. Es el amo y señor de un millar de hectáreas y tiene una roca especial donde tomar el sol y acechar a sus presas. Ya está. Los perros unen a las personas. Los gatos no. Pero le añoro.

ACOMPAÑANTE: ¿A Raoul?

MALKINA (*sonriendo*): Sí. Echo de menos verlo atrapar liebres corriendo a cien por hora por el desierto. Todo un espectáculo. Ver matar a una presa con elegancia es algo que me conmueve. Desde siempre.

ACOMPAÑANTE: ¿Es erótico?

MALKINA: Por supuesto. Una cosa así siempre tiene algo de sexual. Pero esa soltura. La libertad. En ninguna parte existe un corazón tan puro como el del depredador. Yo creo que si algo define al cazador es más lo que se ha librado de ser que lo que ha acabado siendo. No hay distinción entre lo que es y lo que hace. Y lo que hace es matar. Nosotros, claro está, somos de otra especie. Me temo que no estamos bien hechos para el camino que hemos elegido. Nos gustaría correr un velo sobre tanta sangre y tanto horror. Sangre y horror que nos han traído a donde estamos ahora. Es nuestro endeble corazón lo que nos hace cerrar los ojos a todo eso, pero con ello no hace sino labrar nuestro destino. Tú quizá no lo ves así, no sé. Pero no hay nada tan cruel como un cobarde, y la próxima matanza superará probablemente todo lo imaginable. ¿Qué tal si pedimos? Me muero de hambre.



CORMAC McCARTHY, (1933) nació en Rhode Island, Estados Unidos. Las circunstancias de su biografía se hallan envueltas en la leyenda: no concede entrevistas, se dice que vivió bajo una torre de perforación petrolífera y que en su juventud llevó la vida de un vagabundo. Considerado como uno de los más importantes escritores norteamericanos de la actualidad, la publicación en 1992 de *Todos los hermosos caballos*, ganadora del National Book Award, lo reveló como uno de los autores de mayor fuerza de la nueva narrativa norteamericana. Su éxito, de crítica y público, se vio incrementado con la publicación de *En la frontera* y *Ciudades de la llanura*, que completan la llamada *Trilogía de la frontera*. Otras de sus obras son *Hijo de Dios*, *Meridiano de sangre*, *El guardián del vergel*, *Suttree*, *No es país para viejos* y *La carretera*.

Nota

[*] Los parlamentos en cursiva están en castellano en el original. (*N. del T.*). <<